J. López Pinillos (Parmeno) (pseud)

# HACIA LA DICHA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL







MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

# HACIA LA DICHA

# HACIA LA DICHA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 31 de Marzo de 1910



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

*Teléfono número 551*

1910

A Carmen Cobeña

y á Federico Oliver

*Parmeno.*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| GLORIA (25 años)............... | CARMEN COBEÑA. |
| GENOVEVA (46 íd.)............. | JULIA CIRERA. |
| ANTOÑITA (20 íd.)............... | AMPARO MERINO. |
| DOÑA ÚRSULA (80 íd.).......... | JOSEFINA ALVAREZ. |
| BALDOMERA (40 íd.)............ | ADELA FERNÁNDEZ. |
| PILAR (30 íd.).................... | MARÍA CAÑETE. |
| CÉSAR GALÁN (31 íd.).......... | RICARDO CALVO. |
| BARTOLOMÉ (50 íd.)............ | LEOVIGILDO R. TATAY. |
| FINITO (64 íd.)................... | RICARDO MANSO. |
| FELICIANO (26 íd.).............. | RAFAEL COBEÑA. |
| ROBERTO (52 íd.). .............. | ANTONIO LAGOS. |
| UN CAMARERO................. | MANUEL PERRÍN. |

LA ACCION EN MADRID

# ACTO PRIMERO

Una habitación de la casa de Roberto Garcia, en Madrid. A la izquierda hay dos puertas, y entre ellas un trinchero. A la derecha, un armario de luna, en primer término, y en segundo una puerta de cristales. Otra al foro, por la que se ve el pasillo. En el foro, á la izquierda, un sofá de rejilla y dos mecedoras, y á la derecha, un sofá y dos butacas forradas de dril. Frente á cada sofá hay un guiñapo que pretende parecerse á la piel de un león. En el centro de la estancia una mesa. En las paredes muchas fotografías colocadas en forma de abanico, de circunferencia ó de pirámide, el título de bachiller de don Roberto y unas vacas y unos corderillos bordados en cañamazo por Antoñita. Las sillas son bastas, como los otros muebles, y no muy flamantes. En el rincón de la derecha, medio cerrado, un biombo japonés con varias cicatrices.

Gloria plancha cuidadosamente una camisa. Tiene ya un razonable montón de ropa planchada. Doña Genoveva, sentada junto á su madre en uno de los sofás, la espía, fingiendo zurcir unos calcetines. Finito, repantigado en una silla baja, contempla orgulloso unas botas que le deben su brillante negror. De vez en cuando mira melancólico un cesto de costura colocado bajo la mesa.

La planchadora es una muchacha morenita, con los labios gordezuelos y sensuales, las caderas robustas y el pecho alto y firme. Sus ojos están llenos de resolución y energía y miran con franqueza, y saben ser altivos y humildes. Trabaja haciendo gestos, despeinada, y el sudor corre por su frente y sus mejillas. A veces interrumpe la faena para someter á algún rizo rebelde ó para subirse las mangas de la blusa. Viste de luto.

Doña Genoveva es una gran vaca, nalguda y pechugona todavía de buen ver. Sus facciones son duras; su mirar, orgulloso; su

verbo, áspero y desapacible. Usa trajes obscuros para disimular la carnaza que se le desborda.

La vieja, doña Ursula, asombra y hace reir. Sumida de pecho, con un vientre inflado y unas caderas enormes, sin cuello, inclinada hacia adelante y apoyándose en los pies, parece una gigantesca rana que se dispone á saltar. Es calva; un moñejo rucio temblequea en su colodrillo. La boca, grande y desdentada, dibuja una triste sonrisa, que la cólera convierte en una mueca feroz. Sus ojuelos fulgen bajo unas cejas frondosas. Un mantón ralo cubre su busto y unas faldas calandrajosas aumentan la repulsión que inspira su figura lamentable.

Finito es un arcángel viejo. Encorvado, pitañoso, con la nariz rojiza, la mirada de liebre y el hocico contraído en un perpetuo mohín de espanto, inspira lástima y sugiere burlas. En el erial de su cabeza hay tres oasis pilíferos, tres mechones rizosos, que vegetan en los aladares y en la coronilla, y que le dan cierto aspecto de payaso. Su vestido es tan deleznable como su estampa: un pantalón mugriento y roto, un gabán destrozado, unas pantuflas risueñas. El cuello del gabán, subido pudorosamente, oculta la ausencia del camisón. Un gorrito de lana, adornado con flores de seda, mantiénese orgulloso sobre la testa del arcángel. Es lo único limpio, bello y alegre de su persona. Diríase que es un pajarillo ebrio de luz posado en la aridez de un rugoso tuero.

FIN. (Orgulloso de su labor.) ¿Eh, Gloria? ¿Qué tal?

GEN. (A Gloria, que sonríe mirando al viejo.) Anda, anda á tu faena. Déjate de tontunas. Y fíjate en los puños. Siempre sacas una pura indecencia.

GLORIA Pilar...

GEN. ¿Qué quieres?

GLORIA Como los puños están malillos...

GEN. ¿Otra plancha?

GLORIA Sí. Pilar...

GEN. (Levantándose.) ¡Pilar! ¿Está usted sorda? ¿Se ha muerto usted? (Entra PILAR por el foro. Viste una blusa encarnada y una falda azul. El delantal, de arpillera, está chorreando. Blusa, falda y delantal llenos de noble emulación, aspiran á contener tanta mugre como las manos y el rostro de su ama.)

PILAR Aquí estoy viva ¿Es una plancha?

GEN. Una plancha. Y cuando yo la llame, conteste usted.

PILAR Señora, es que con el grifo abierto no se oye. (Coge una plancha que la entrega Gloria, sale por el foro y vuelve con otra en seguida.)

FEL. (Dentro.) Madre... ¡Madre!... (Se oye el estridor de un silbato de los que usan los cobradores del tranvía.)

GEN. (Sin contestar al llamamiento; en vóz baja.) Espera, posma.

GLORIA (Tocando la plancha con el índice mojado en saliva.) Fría también.

PILAR Como la señorita chica está rizándose...

GEN. La señorita Antonia. ¿Qué es eso de la señorita chica?

PILAR ¿Es una ofensa?

FIN. Ofensa, precisamente, no, pero...

GEN. (Interrumpiéndole.) Pero... nada de discursos. Y termina pronto, que ese no aguarda.

FIN. Si ya terminé.

GEN. No, no. Brillo á los tacones. No seas chapucero.

FIN. Bien, mujer. (Cepilla resignado.)

GEN. (A Pilar.) Y usted ¿qué espera?

(Sale Pilar por el foro.)

URS. Es imbécil. Por fisgonear. (Suena otra vez el pito.)

GEN. (A Finito.) Lleva las botas. (Sale Finito por la derecha, vuelve inmediatamente, coge su cesto y se pone á coser.)

GLORIA ¿Más brillo?

GEN. Cuidado. Está endeble la pechera.

URS. Endeble, yo. (Suspira.)

GEN. Finito, déjate ahora de costuras. Ayúdame. Sirve para algo.

FIN. Para lo que mandes.

GEN. Toma. (Le hace coger una sábana por un extremo para que le ayude á doblarla.) Tira, tira bien. Punta con punta. Dobla... Así. (A Gloria.) Hay que quitar eso de en medio.

GLORIA Queda poco.

FEL. (Dentro.) ¡Madréee!... ¡Maldita sea la casa!

GEN. (Gritando.) ¡Va, condenación! (A Finito.) Dile á Pilar que fría las patatas. (Sale por la derecha.)

FIN. (Conteniendo la voz, aunque ya no puede oirle doña

Genoveva.) Y ¿por qué he de ir yo á la cocina con esas comisiones, desconsiderada? ¿Soy yo un doméstico?

GLORIA (Riéndose.) Peor. Un esclavo. Y yo una esclava.

FIN. Una reina.

GLORIA La reina está allí. (Corriendo hacia doña Ursula.) Tú eres la reina, Ursulilla. ¿Y tu renacuajo precioso? ¿Sigue con sus amoríos?

URS. No tiene amoríos, que es muy decente. ¡Tú eres una embustera! El pobrecito mío duerme. ¡Tesoro, chiquitín!

GLORIA Y ¿cómo duerme?

URS. ¡Ah! Tendido. Cierra los ojos. Así. Sabe mucho. (Se levanta y comienza á pasear.)

GLORIA Y usted ¿le ve dormir? (Maliciosa.) Si fuera su hijo, nada tendría de particular; pero...

URS. (Enérgica.) ¡Es mi hijo!

GLORIA Pero como aseguran que no lo es... Y, la verdad, una señora viuda encerrándose con un varón...

URS. (A gritos.) ¡Yo, yo, soy una dama! ¡Una dama muy redama! ¡Entérate! Y al que me quiera deshonrar le arranco los ojos. ¡Y llamo al gobernador y al tribunal! Los llamo... (Coge una copa y se la tira.) ¡Entérate, calumniadora! ¡Veremos lo que se te ocurre cuando estés en presidio!

(Entra DOÑA GENOVEVA por la derecha.)

GEN. ¿Qué pasa?

GLORIA ¿Qué ha de pasar?

GEN. Entonces ¿por qué grita?

GLORIA (Amedrentada.) No sé. Uno de sus arrechuchos.

GEN. ¿La has hecho algo?... (Colérica.) Te destrozo. (Zamarreándole.) Te cojo y...

GLORIA Pero si yo...

GEN. Si te pesco un día, te arrepientes de haber nacido, infame.

GLORIA (Con indignación.) Señora, ¿se figura usted que me entretengo en martirizarla?

GEN. Me lo figuro, sí; me lo figuro. Así agradeces el pan que te doy.

GLORIA ¡Tía, me ofende usted!

GEN. La panza llena, el dinero guardado para

pingos, la tranquilidad de no tener que preocuparse... y nos paga de este modo. No es mía la culpa. Si tu tío no fuese un Juan Lanas... Pero si él consiente que abuses, yo, no. ¡Ojo!

GLORIA (Con dignidad.) Yo no abuso, señora; yo soy...

GEN. Como tu madre... y estás aviada...

GLORIA ¿Cómo era mi madre? ¡Diga usted! ¿Cómo era mi madre? (Se cubre el rostro con las manos y solloza nerviosamente.)

GEN. ¡Ay, qué ternura de chica!... Llora, chiquita, llora. (Sale por la derecha con doña Úrsula.)

FIN. (Conmovido.) Paloma... ¿Ves?... ¿Ves?...

GLORIA (Llorando.) ¿Por qué no me mata Dios?

FIN. Pues, hija, para morirse, la verdad, yo te digo que más vale el casorio. Es rico, está chiflado por ti...

GLORIA No; con él, no.

FIN. Mira que es una suerte que no se presenta á diario. Salir de aquí; ser dueña de tu casa; mandar, disponer...

GLORIA No. Me da miedo, asco... Prefiero trabajar como una borrica y que me echen en cara los beneficios. ¡Los beneficios! Un triste puchero y un jergón. Y sin embargo...

FIN. Pues ¿y á mí? ¿Cómo me tratan? Si tú eres sobrina, yo soy primo carnal. Y un primo á quien le «azministran» sus diez reales diarios, que son una montaña de reales al mes. Y con todos esos reales ya has visto y ya irás viendo. ¡Serafín García, limpiando botas! Cuidadito que el trabajo me gusta, sobre todo si es de finura y habilidad. ¡Pero limpiar botas! ¡No soy «opto» para eso, Señor! (Don Serafín se pone á coser.)

GLORIA Ni nadie.

FIN. Con mi historia, con lo que yo he sido... Tú no te puedes figurar lo que yo he sido. Con mis chirigotas, con mi gracia para requebrar, con mi fama de reservado y caballero... ¡Destrozos, pequeña! (Uniendo las puntas de los dedos.) Las tenía así. Y eso me perdió. (Melancólico.) El vino, las mujeres...

GLORIA (Con sorna.) ¡Don Serafín! ¡Don Serafín!...

FIN. De veras. No lo puedo remediar. Yo nací con la preocupación del «orotismo». Primero, el amor, y después, el amor, y siempre el amor. ¿Para quién se adorna uno y en quién piensa uno? ¿Tú crees que si no hubiera hembras, lo que llamamos bello sexo, habría corbatas, tirillas y «chaqueses»?... ¡Quiá!

ANT. (Dentro.) Gloria, que es muy tarde.

GLORIA (Alzando la voz.) Ya, ya lo sé.

(Entra por la izquierda ANTOÑITA. Es guapa, pizpireta, relamida y coquetona. Viste un traje de casa con muchos perifollos.)

ANT. ¿Todavía no has acabado? Van á llegar.

GLORIA ¡Como que no! Ya puede guardarse todo. ¿Me ayudas?

ANT. (Contrariada.) Bueno.

GLORIA No, no. Si no quieres...

ANT. Es que tengo un cansancio...

GLORIA ¿De qué? ¿De dormir?

ANT. Qué sé yo. De dormir quizás.

GLORIA (Riendo.) ¡Cómo eres, muchacha! (Sale por la izquierda con un montoncillo de ropa y vuelve en seguida.)

ANT. (A Finito, que maneja como una hada la aguja y el dedal.) Buen pespunte.

FIN. De mis puntadas te reirás, pero con mi dinero no comerás.

ANT. (Desdeñosa.) ¡Con tu dinero, yo!

FIN. Es un decir, mujer. Lo que yo replicaría á los criticones.

ANT. (Burlona.) Eres muy hombrecito de tu casa. (Gloria amontona la ropa sobre la mesa.)

FIN. ¿Quieres algo?

ANT. Luego tienes que clavarme las cortinas. ¡Ah! Y tienes que pegarle la pata al tocador.

FIN. ¿Otra vez?

ANT. Y me limpiarás los zapatos de cabritilla... (Riendo.) Y además...

FIN. (Intranquilo.) A ver.

GLORIA (Que sale con la ropa.) Alguna diablura.

ANT. Y gorda. Te la contaré. Pero, ahora, córtame las uñas. Muy redonditas, muy redonditas.

FIN. ¡Ele! Estas son mis faenas. (*Saca del bolsillo interior del gabán unas tijeritas curvas, una lima y un pulidor de marfil.*) Cuando estuve en el Hospital se las cortaba á la madre superiora, una francesa «yolí, yolí». Y ella, riéndose, me hablaba en francés. Guapa hembra. De cierta edad, pero guapa (*Empieza á cortarle las uñas á Antoñita, que hace mil gestos nerviosos.*) ¿Larga la del meñique? Es lo aristocrático.

ANT. Sí. (*Saca del pecho un cigarro puro y se lo ofrece.*) Toma.

FIN. ¿Eh? ¡Un habano!

ANT. Se lo robé al tío para obsequiarte.

FIN. Gracias, chiquilla.

ANT. Pero... has roto un cristal y debes confesarlo.

FIN. (*Sulfurado.*) ¿Más cristales? No, hija. Yo no pago los vidrios que tú rompas. Ahí va el puro.

ANT. (*Suplicante.*) Tito... (*Le pone el cigarro detrás de la oreja.*)

FIN. Bueno. Detrás de la oreja se quedará.

ANT. Fué por abrir pronto el balcón. Me pareció que uno que silbaba era César... y ya ves. Te advierto que el cristal sólo tiene una raja. Puede servir y no te reñirán mucho.

FIN. ¿Y para qué niegas, si á ti no te riñen?

ANT. Pero sufre mamá por no reñir.

FIN. ¡Canástoles, y quieres que los demás suframos! Me parece bien.

(*Se oye el estrépito de un cristal que se rompe.*)

ANT. ¡Huy! Escucha. Ha sido en mi alcoba. Es mi cristal.

(*Entra doña* GENOVEVA *por la derecha.*)

GEN. ¿Qué es eso? ¿Qué se ha roto?

ANT. Parece un cristal.

(GLORIA, *muy pálida, entra por la izquierda. Al romper el cristal se ha herido en el meñique.*)

GEN. (*Irónica.*) ¿Qué te pasa, mi vida?

GLORIA Me he cortado. No sé cómo fué...

GEN. Y ¿has roto un cristal?

GLORIA Un cristal. No sé cómo. Abrí el balcón de Antoñita... y no sé. Quizás estaría sentido.

GEN. (*Agresiva.*) Sí, lo habría roto Antonia, ¿verdad? ¿Por qué no lo dices?

FIN. (En tono de reconvención.) ¡Antonia, chica!...

ANT. ¡Calla tú!

GEN. (A Gloria.) Pues hija, tus gracias me van pareciendo muy costosas. (Sale por el foro.)

GLORIA (Después de una pausa.) No sé, no sé cómo ha sido.

FIN. (Al ver la herida.) ¡Cristiana, qué atrocidad! (Le envuelve el dedo en un trapo de hilo.)

ANT. (Sonriendo.) A ver si se te salen las tripas.

GLORIA (Picada.) La cosa es para reirse, mujer.

ANT. (Con retintín.) ¿Se te antoja que llore?

GLORIA A mí, que llores ó que rías...

ANT. ¡Qué humos!... ¡Jesús, con la Gloria celestial!

FIN. (Con indignación.) ¡Eso! Después de los palos...

ANT. ¿Qué palos? No seas memo, Serafín.

FIN. No soy memo. Digo que te has portado mal.

ANT. Y diciéndolo tú...

GLORIA ¿En qué se ha portado mal?

FIN. Pues...

ANT. (Interrumpiéndole.) ¡Calla, estúpido! Siempre vas contra mí. (En un acceso de ira le arrebata el cigarro y lo pisotea.)

FIN. ¡Niña, ordinaria!

GLORIA Déjela usted. Es muy nerviosilla.

ANT. Soy como soy. No tengo tu alma de cántataro. Y para hablar de mí hay que «amarrarse.» (Se marcha orgullosamente por el foro.)

FIN. Adiós, encanto... de tu señora madre. ¡Serpiente! (Después de una pausa.) ¡Vaya un día!

GLORIA Como los demás. (Levanta el forro del sofá, saca un peine y se alisa frente al espejo.) La culpa es nuestra. No es noble vivir así, no es decente. Se trabaja en la calle, se soporta la miseria. ¿Por qué nos han de herir de este modo? Yo quiero tener dignidad.

FIN. (Tristemente.) ¡Dignidad! Y ¿de qué manera? Hay que ser rico.

GLORIA No, no. Con valor, con voluntad...

FIN. Y ¿quién tiene voluntad y valor? Es más fácil ser humilde y prudente. Y vale más. Siquiera no se lucha. Yo confieso que no soy «opto» para la lucha. Entre dar un bofetón y recibirlo, prefiero recibirlo.

GLORIA (Después de una pausa.) Dígame usted: ¿qué le ocurría á la fierecilla?

FIN. (En voz baja.) Fué ella, rompió ella el cristal.

GLORIA ¡Ah! Y la muy hipócrita...

FIN. Chss... (Entra FELICIANO por la derecha. Es un majadero orgulloso de su figura, que presume de maligno y de picarón. Viste el uniforme de los empleados del tranvía.)

FEL Hola. Buenas tardes.

GLORIA Hola, primo Feliciano.

FIN. ¿Qué hay, barbián? ¡Buena nochecita de fiesta!

FEL ¿De fiesta?

FIN. Chico, tú viniste con el sol.

FEL. Mira, Fino, eres un «frescales» y un... (Conteniéndose.) Pero, en fin, ¿á qué perder el tiempo? (A Gloria.) Oye: tenemos que hablar.

GLORIA Habla.

FEL Después.

FIN. Si estorbo...

FEL ¿A qué viene eso? Eso es una tontería.

FIN. Hombre...

FEL Tú, si no te acusan las cuarenta, no estás conforme. Hay que descararse.

FIN. ¡Muchacho, Feliciano!...

FEL Si es la fija. ¿Estorbo? ¿Te he dicho yo que estorbes? (Exaltándose á medida que habla.) Y el caso es que estorbas. ¡Siempre! Tú eres un espía y un cazolero, ¿estás? ¿Qué te importa que yo venga con el sol, con la luna ó con la osa mayor?

FIN. ¡Caramba, importarme!...

FEL Pues entonces... Dedícate á tus zurcidos y no te metas en cosas de machos. (Toca el silbato enérgicamente.)

FIN. Hijo, si te ofendí...

FEL. No, porque tú no pués ofenderme. (A doña Genoveva, que entra por el foro.) Al «apoquinen», señora.

GEN. (Dándole dinero.) Una con veinte.

FEL. ¿Ná más? Pues, ¿no ha mandao una sandía y un melón?

GEN. Justo.

FEL. Qué barato compra usté, madre. ¡Si está á

cuarenta el kilo de melón y á treinta el de sandía!

GEN. Toma otro real.

FEL. (Guardándoselo.) Una con cuarenta y cinco. Tabaco y café. Poco da la fruta.

GEN. (Riéndose.) Menos le dará á la frutera, golfo.

FEL. Bien saca la muy ladrona. No se arruinará. ¿Y el tío? ¿Vendrá antes de ir á los toros?

GEN. ¿No ha de venir si nos convida?

FEL. (Contentísimo.) ¡Ay, su madre! Mira tú por dónde me voy á cargar una corridita «de non». ¡Al pelo! (Mirando el reloj.) Es temprano. ¿Puede esa bajar?

GEN. No. Déjala que termine. Hoy le toca salir. ¿Qué quieres?

FEL. Pitillos. (A don Serafín.) Anda, espía; llégate al estanco. Fumarás, hombre.

FIN. (Cogiendo el dinero.) ¡Qué cosas tienes! (Sale por la derecha y retorna muy pronto con una americanilla, en vez del gabán, y un «bombín» gigantesco.)

FEL. Bueno. Yo tengo el «prurito» de almorzar. Me paece que ya es razón.

GEN. Ahora mismo. La mesa, Gloria. (Sale por el foro. Gloria va poniendo la mesa.)

FEL. (A Finito.) Aligérate, ¿eh? Ponte en la coronilla un «trole».

FIN. Ya estoy aquí. (Sale por el foro.)

FEL. ¿Qué dices, chiquilla? Alegra esos ojos, que son dos luceritos.

GLORIA ¡Ay, que te veo venir!

FEL Ya te imaginarás el «ojetivo» de la conversación.

GLORIA Dinero. Necesitas dinero.

FEL. Como que estoy «diñándola» á chorros.

GLORIA (Apurada.) Pues yo, la verdad, lo que es hoy... Es decir, ni hoy, ni mañana. No puede ser.

FEL. (Sorprendido.) ¿Que no puede ser?

GLORIA No puede ser. Lo siento. Creeme, Feliciano. Pero se acabó. No tengo una hilacha.

FEL. (Queriendo bromear.) Una hilacha, conformes; no la tienes; pero unas pesetas...

GLORIA Nada.

FEL. ¿Ni cinco duros?

GLORIA Ni cinco duros.

FEL. (Con incredulidad.) ¡Vamos, mujer!

GLORIA (Con energía.) ¡Ni cinco duros!

FEL. (Groseramente.) Chica, esa bola á otro. Dí que no me quieres prestar, y listos.

GLORIA No es que no quiera, Feliciano.

FEL. ¡Ah! De modo que aquellos miles...

GLORIA ¿Qué miles?

FEL. Volaron, se los tragó la tierra. (Majestuoso.) Basta.

GLORIA Primero, que esos miles...

FEL. (Interrumpiéndola.) ¡Basta! Yo no pido explicaciones. ¿Que me cortas la cuerda? Estás en tu derecho. Pero se avisa, se tiene consideración. No soy un «quidán», pequeña. Digo, me parece.

GLORIA (Cortada.) Si yo tuviera... No me dieron más que seis mil reales por las alhajillas y los muebles. Y de esos seis mil reales gasté cuarenta duros en los retratos de papá y mamá...

FEL. Echa en retratos. ¡Ni «Róchil»! ¿Son de oro?

GLORIA El luto; mil reales que se llevó elde la funeraria...

FEL. ¡Si no te pido cuentas!

GLORIA Pero deseo enterarte. Atiende. ¿Qué más? ¡Ah! Cincuenta de unas misas.

FEL. ¿También por «áhi»?

GLORIA Los dos mil tuyos.

FEL. (Estupefacto.) ¿Dos mil? ¿Que tú me has dao dos mil reales?

GLORIA En buenos billetes. Treinta duros para librar del servicio á aquel compañero tuyo que era cojo...

FEL. Sí, sí...

GLORIA Cincuenta por el lío de la muchachilla; diez cuando te pegaste con el «ginasta», y los otros diez...

FEL. Cuando la «enfermedaz». Convenido. ¿Es que voy á negarte el dinero? ¿Por quién me tomas?

GLORIA No es eso. Es para que veas que lo he gastado. Y no sólo en prestar. Cuenta los regalillos del domingo, el tabaco de Serafín, trajes, botas...

FEL. Y ¿quién te manda regalar, «primaca»?

GLORIA Pues la finura, la delicadeza.

FEL. Y ¿no puedo contar ni con veinticinco «beatas»?

GLORIA Diez me quedan y las reservo para un apuro.

FEL. Vaya, ¿qué le hemos de hacer? Venga esa porquería.

GLORIA (Maravillada) ¿Qué dices, Feliciano?

FEL. ¿Crees que no te voy á pagar, escamona?

GLORIA Si me quedo sin nada...

FEL. No, no «aludas» la contestación. Conmigo las vivezas no tién «ésito». ¿Crees que no voy á pagar, «machacante» sobre «machacante»? Mal vas por ese camino. ¡No es por «áhi»!

GLORIA Yo no dudo de ti.

FEL. ¿Es porque todavía no ha empezado el «chorreo»?

GLORIA (Vivamente.) No, no. Te aseguro que no.

FEL. (Despechado.) ¿Por qué, entonces? Encima de que te quiero como á una hermana y de que pongo en ti mi confianza, y de que no «azmito» un ochavo ni de los ángeles... esto. El desagradecimiento y la ofensa.

GLORIA ¡Feliciano, por Dios! Te juro...

FEL. (Con amargura.) Sí, señor. ¡El desagradecimiento! Y además, ponerle á uno en ridículo. ¿Por qué estoy yo con este uniforme? Por confiao. Porque estaba seguro de que tú me prestarías unas pesetas. Y ahora me sales con que «nequaqua». ¡Ay, la niña!

GLORIA Si he dicho que no, ha sido...

FEL. (Atajándola.) Por lo que sea. De todos modos, eso no se hace. Hay que avisar. «Mira, Feliciano, sabes que no puedo, ó no quiero, por esta ó por la otra razón...» Y tan amigos. Y en paz y jugando. ¡Pero guarradas!...

GLORIA ¡Feliciano!

FEL. ¡Guarradas! Y pá ná, porque tú no me jorobas. ¿Te figuras que no tengo quien me fíe hasta el corazón? ¿Te piensas que la fruterita no me daría dinero, lo mismo que me da melones? ¡Pues tampoco es por «áhi», prenda! (Quedan en silencio unos instantes. La muchacha,

llorosa, registia bajo el armario, arrodillándose, y saca una cajita. Dentro, envueltos en papeles, hay dos duros.)

GLORIA (Llorando.) Tómalos. (Pone los dos duros sobre la mesa.)

FEL. (Fingiendo desdén.) ¿Ahora? ¡Quiá! Eso quisieras tú, monilla.

GLORIA Tómalos, Feliciano.

FEL. No. ¡Si los reservas pá un apuro!

GLORIA Tómalos. Perdóname.

FEL. (Cogiendo el dinero como si se violentara.) ¡Maldita sea!.. Si no fuera porque soy un caballero y porque estás en mi casa, te los metía por los morros.

GLORIA Perdóname. Como no tenía más, porque ya no tengo más... Tú sabes que no soy cicatera.

FEL. ¿Y qué ha de faltarte á mi lado, pava?

(Entra FINITO por el foro.)

FIN. (Poniendo la cajetilla sobre la mesa.) Ahí vienen.

FEL. ¿Sí, «gañote»?

FIN. ¿Eh?

FEL. Conque comiéndote los cuartos de esta infeliz. ¡«Sablista»!

GLORIA No, eso no. No le avergüences. El no me ha pedido.

ROB. (Dentro.) Genoveva... Antoñita...

FEL. Ya están ahí.

(Entran por el foro DON BARTOLOMÉ y DON ROBERTO. Don Bartolomé es un hombretón terrible, con un pecho hercúleo, unos dientes postizos muy blancos y unas frondosas patillas, teñidas, muy negras. El bigote es carabineril, el cabello de los aladares espesísimo y la calva resplandeciente. Una gran cicatriz le parte la frente, le rompe una ceja y le horada una mejilla. Bajo la ceja rota reluce un ojo de cristal. Don Bartolomé habla, anda y acciona con tal exceso de energía, que produce un efecto cómico. Su hermano don Roberto es un rubio desteñido y avejentado, de figura poco agradable.)

BART. ¡Qué horitas de almorzar! ¿Borrasca anoche?

FEL. (Con petulancia.) Se hace lo que se puede. (Entran por el foro, con el almnerzo, DOÑA GENOVEVA y ANTOÑITA.) ¿Y César? ¿Cómo no ha venido?

ROB. Fué á tomar las entradas para la corrida.

BART. (Abriendo una caja de pasteles.) Ea, á comer todos. (Doña Genoveva, Antoñita y Finito se lanzan sobre los pasteles. Antonia, malhumorada, empuja á don Serafín.)

FEL. «Dejarme» algunos.

BART. Hombre, ahora que me acuerdo, anoche desapareciste...

FEL. Es que á Roberto no le gusta que vaya al café. Y por no molestar...

ROB. No me gusta que vayas así.

FEL. No tengo otro traje.

ROB. Cómpratelo.

FEL. ¿Con qué?

ROB. ¿Dejamos la conversación?

FEL. Como usté quiera.

GEN. Eres muy adán; eso sí. Con lo que ganas...

FEL. ¡Madre, pago aquí dos pesetas! No lo olvide usté.

GEN. (Con viveza.) Te quedan otras dos.

FEL. Una fortuna. Para ahorrar.

ROB. ¿Es una reconvención?

FEL. Yo no «reconvenciono».

ROB. Y haces bien. Te he tratado como á un hijo. Al fin, hijo eres de mi señora y hermano de mi hija. Pero no somos ricos, y como ya lo ganas, tienes que contribuir á llevar el cargamento.

FEL. ¿Y no «contribuigo»? Y á gusto, y siendo el gran «huéspede». ¿Verdá, madre? Como que la «puntualidá» en el «apoquinen» me «trai» de cabeza. Un buche de vino, Gloria. (Gloria le llena el vaso.)

BART. (A Gloria.) Y tú, ¿no comes? Anda con un pastel. (La toca en la barbilla y la muchacha retrocede ruborizándose.)

GLORIA No, tío. Sabe usted que no me gustan.

BART. Vamos, tontuela; que se te hace la boca agua.

GLORIA ¿A mí, por el dulce?

GEN. Déjala: es verdad. Rarita en todo.

BART. Claro. ¡Como ella es tan dulce!... (Celebra su agudeza con una carcajada brutal.)

CÉSAR (Dentro.) De ninguna manera, preciosidad.

(En el foro.) Primero las damas. (Entra siguiendo á doña URSULA. La vieja abraza á un gato disecado, cubierto con una toquilla como un rorro. CÉSAR es un tipo varonilmente bello. Una barba descuidada y luenga entristece su rostro. Viste mal. En su pantalón y en su cazadora, ricos y de buen corte, hay manchas; su chaleco luce algunas quemaduras y sus botas padecen una huelga de botones. Trae abollado el sombrero y torcida la corbata.)

URS. (Comiendo con voracidad.) ¿Por qué no me han avisado? (Pone en un plato algunos pasteles y se sienta en una mecedora para repapilarse á su gusto.)

CÉSAR Cinco delanteras de grada, porque no había más juntas y dos barreritas. ¡Ale! (Le da una localidad á Feliciano y otra á Finito.)

FEL. Gracias por haberte acordao de mí.

CÉSAR Supe que estabas libre... (A Antoñita que devora pasteles.) ¿Qué hay, morucha?

ANT. (En voz baja.) ¡Ladronazo! ¿Por qué no viniste anoche?

CÉSAR (En voz alta.) Por tu culpa, porque me entretuvo un individuo enamorado de ti.

ANT. (Avergonzada.) ¡Qué gracioso! ¡Tienes un chiste!

CÉSAR No es gracia; es verdad. Te ha seguido varias veces; te vió hace unos días en el teatro, junto á mí, y sin sospechar que yo era tu novio... Y te advierto que es un chico «de posibles», guapo, elegante...

ANT. ¿Con tantas manchas como tú?

CÉSAR Sin manchas. Y además, cónsul, y además un hombre de porvenir. No es como yo, que llevo quince años de carrera.

ROB. Por desidia; porque no te hace falta.

CÉSAR Y por conveniencia. Me asusta el pueblo. Matasanos titular de Aljorín. ¡No, caray! Estudiante. Cédula de cero cincuenta, cursos de billar, locuras juveniles, su cacho de novia...

FEL. (Riéndose.) Eres el «recor» de los desahogaos.

CÉSAR Si hasta me parece que los años no pasan, que ahora me apunta el bozo y que me ruborizo delante de las mocitas... ¡La felicidad!

GEN. Bonito pez te vas haciendo.

FEL ¿Ese? Ese es un «cinismo». Me deja á mí en mantillas.

CÉSAR ¿Porque confieso mis defectos y porque no se me escapan los de la gente?

BART. (Por el ojo de cristal.) Una pelotilla como esta no se le escapa á nadie.

CÉSAR Sí; pero como usted se ríe de ella, y no le podemos molestar...

FIN. Y ese es el toque: molestar.

URS. (Por el gato.) Mírale. Pobre tesorín. Vosotros charlando de novias y él dormidito. Siempre dormidito. (A César.) ¿No le besas?

CÉSAR Preferiría besarla á usted.

URS. ¡No seas inmoral! ¡Atrevido! Anda, bésalo. (Lo besa.) ¿Ves qué mono? Y la Gloria no quiere; no quiere; que se lo mande ó no se lo mande, no quiere. ¡Pobre hijo! Y dice que si no es mi hijo y que si duerme en mi alcoba, siendo varón... ¡Que no es mi hijo!... ¡Malvada! (Gloria da un grito.) ¡Calumniadora! ¡Puerca! Que le voy á avisar al presidente.

ANT. (Riéndose.) ¿Qué le pasa, abuelita?

URS. ¡Insolente! ¡Que es un varón!

GEN. Calma, calma. Si son bromas, mamá. (A don Bartolomé.) Claro, la molesta, y la infeliz...

URS. (Se levanta apoyándose en Antoñita.) No la quiero ver. (Al gato.) Ven tú, angelín, criaturita mía. Ven con mamá. (Sale por la izquierda.)

FEL. (Mirando su reloj.) La media.

BART. Ea, no aguanto más. Con vuestro permiso, voy á correr el telón, porque estoy rabiando. (Sale por el foro.)

GEN. (A Feliciano.) ¿Tomas café?

FEL. En la calle. (Cantando.) «Cotorrita, cotorrita»... (Doña Genoveva coge los platos, Antonia alza el mantel y salen ambas por el foro.)

ROB. ¿A qué hora es la corrida?

FIN. A las cinco. Nos sobra tiempo.

FEL. (A don Serafín.) ¡Cuándo te verás en otra «gañotillo»!

FIN. Nunca. (César, ocultándose, se besa en la mano y sopla luego en dirección á Gloria, que le fulmina con los ojos. Feliciano y don Roberto, distraídos, no le

ven. Finito sí, y aplaude la gracia con una sonrisa llena de discreción.)

GLORIA (A César.) ¿Te has quemado? Como no haces más que soplar...

CÉSAR Pues sí me habré quemado.

(Entra por la derecha DON BARTOLOMÉ. En un vasito trae el ojo de cristal. La sima que ha dejado en su rostro la cubre con lo que él llama el telón, que es un trapo obscuro, cosido á una cinta.)

BART. Aquí viene mi inquisidor. Como lo tenga mucho tiempo en su hornacina, me da hasta fiebre. Debe de ser por la falta de costumbre. No lo he usado hasta que llegué á Europa... (A César.) ¿Qué tal me encuentra así?

CESAR Hecho un Narciso no está su señoría.

(Entran por el foro DOÑA GENOVEVA y ANTOÑITA.)

BART. Imponente, ¿verdad? Pues así hay que tomarme. Después de todo, esto no es ridículo. Una cicatriz adorna la cara de un hombre.

CESAR Una cicatriz, bien; pero una abolladura...

BART. (Con ferocidad.) No se fué de rositas el que me la hizo. Y les voy á contar la «anedocta», para que vean cómo se gana la vida por ahí y qué cosas hemos hecho los ricos, antes de llegar á ricos.

ROB. ¿Lo del negro?

BART. Lo del negro. Era capataz de una gran finca, por guapeza. Un tío muy fuerte y muy bruto. Le temía el amo, le huían los matones... Y pedí su plaza. «Mire, mi amigo, que es así y asao; mire que va á hacerle esto y lo otro». No miré nada. Jala, jala, jala, me planté en la finca, le di mi carta al administrador y llamé á los trabajadores. «¡Aquí está el capataz!» Tó bicho viviente se quedó con la boca abierta. Y va él, que era más negro que el betún y más grande que un toro, y me mira y se rasca en una corva y se ríe. Y yo, con más redaños: «¡Aquí está el capataz!» Y él, con mucha calma: «Aquí etá, niño. Como que soy yo». «Lo era usté». «Y ya, ¿no lo é señol Cafetera?» Y

le tiro un rentoy: «A mí no me hacen falta cafeteras. Yo bebo té». «Pos anda á tomal un vasito». Y en seguida, la manta al brazo y el machete empuñado, salta que te salta como dos pollos, anda con esta y chúpate ese dulce, nos pusimos como unos carniceros. Sangre en la ropa, en las botas, en las manos, en la tierra... Yo, con un corte en la cabeza y otro en el brazo, porque me tiraba á rebanarme la nuez, y él con dos boquetes en el muslo, porque mi intención era partirle la barriga. Y de pronto, ¡bum! una catedral que se me cae en el «cránio». Y entonces, yo no sé cómo, doy un brinco y ¡jaum! el machete hasta el puño. Y luego, como una fiera, puñaladas, rajaduras, pinchazos... Los huesos rotos, la cara picada, el pecho de par en par...

GEN. ¡Cállate, cállate, por Jesús!

FEL. (Con filosofía.) Sí que es una toma de posesión que se las «trai».

BART. Pero figúrate que yo había estado en la Argentina de «atorrante», sin un céntimo, que era ambicioso, que tropezaba con la primera colocación...

GEN. Es un espanto, es un espanto. (A Antoñita.) Niña, ¿en qué piensas? A vestirte.

CÉSAR ¿Te ayudo?

ANT. Puede hacerte daño. (Sale por la segunda puerta de la izquierda.)

CÉSAR (A Gloria.) Y tú, ¿qué dices?

GLORIA ¿Qué voy á decir? Escucho.

CÉSAR Y escucha tirándose de risa. Miren qué animación. ¿No ven ustedes qué cara? ¿Te ha caído el gordo?

GLORIA Y el segundo.

CÉSAR ¿No lo decía yo? Por eso le brota la alegría de los ojos, de los labios y hasta de los dedos.

GLORIA ¿He de reirme por obligación? No tengo motivos para estar alegre.

CÉSAR Ni para estar triste. ¿No te queremos todos? Pues anímate, infeliz.

ROB. Es una criatura especial.

FEL. Bueno. Yo me largo al café y convido. Hasta diez reales que poseo, «pedir».

CÉSAR ¿Qué se hace? ¿Vamos juntos á los toros ó por tandas?

FEL. Por tandas. ¡Ná de comisiones!

BART. (A César.) Yo, con las señoras. Y usted, por su categoría de novio, nos acompañará. Avise el coche.

CÉSAR Bien. Hasta después. (A doña Genoveva.) Que alijere la niña.

FIN. Hasta luego. Gloria, sentiré divertirme sin ti.

FEL. ¡Arrea! (Salen por el foro César, Finito y Feliciano.)

GEN. (A su marido, que sale por la segunda puerta de la izquierda.) Dale prisa á la chica. Que no se eternice.

BART. Y tú, ¿no te arreglas?

GEN. ¿No he de arreglarme, hijo? (Le indica con un gesto malicioso que se aproxime á Gloria, y después de un corto silencio llama á la muchacha secamente.) Gloria.

GLORIA Tía...

GEN. Voy á darte un consejo.

GLORIA Hable usted.

GEN. Menos orgullito, menos humos, menos tontería. Ya vas para vieja y no debes despreciar lo que Dios te regala, sin merecerlo tú. No tientes á Dios, que te puedes arrepentir. (Sale con majestad por la izquierda. Don Bartolomé acércase á Gloria, que se encoge de hombros filosóficamente.)

GLORIA ¿La entiende usted? Yo, no.

BART. (Tímido.) ¡Pchs!... Va por debajo. Intención, ¿estás? Cosas femeninas. (Pausa.) Ese no es mi terreno. A mí no me da por echármelas de habilidoso. La cara por delante. La verdad por delante. ¿Me llamo Bartolomé García? ¡Pues no digo que me llamo Ramón Pérez!

GLORIA Y hace usted bien, tío. La verdad, sí, señor; la verdad.

BART. Así es que, mirando la indirecta de tu tía, hay que declarar que sí y que no. Que no, en lo del merecer. Tú mereces lo que se quiera y un poquito más.

GLORIA ¡Ay, tío! Pobre de mí. ¿Qué merezco yo? Morenucha, sosa...

BART. Lo que se quiera y un poquito más. Ahora, que poniendo la cuestión en otro «prisma» —y este «prisma» no es el de que tú vayas para vieja, sino el del orgullito y los humos—habría que tirar de discurso como yo me sé.

GLORIA ¿Usted me cree orgullosa? ¡Pues si soy una hormiga! ¡Si todo lo arreglo con llorar!

BART. ¡Malo! «Bajo» esa base, tampoco estoy contigo. ¡Llorar! Este mundo, como dijo muy bien el que inventó la Salve, es un valle de lágrimas. De manera, que lo mejor es divertirse. ¿Para qué sirve la tristeza, quitando las canciones? Y, ¿vas tú á hacer canciones?

GLORIA ¡No; eso, no! Sirve para no estar alegre. Y gusta la tristeza; gusta no tener gusto para nada; gusta llorar, ponerse horrible de llorar y ahogarse de pena para no ahogarse. ¿Está mal tener sentimiento? Una vive tan descuidada y tan feliz, y de pronto, como si Dios quisiera castigarla por ser tan feliz, una pulmonía, y se muere el padre y luego...

BART. Se mata la madre.

GLORIA Y ya está una sola. (Llorando.) ¿No es para llorar y para morirse también? Mi padre, que se miraba en mis ojos, y mi madre, que sólo pensaba en mí... «Esa niña. Que nada le falte. Que no la ofenda ni el viento.» Y conmigo al teatro, y conmigo sus horitas de coche entre la aristocracia. Y Gloria por aquí, y Gloria por allí, que era la envidia de mis amigas. (Llorando.) Y ya se acabó todo. Ya no los veré más. Ahora me puede ofender el que quiera. ¿Qué soy yo sin mi padre? Una pobrecita cursi.

BART. Ni pobrecita ni cursi, ¡jinojo! No hay que sacar de quicio las cosas. Hay que tener paciencia.

GLORIA ¡Paciencia! Si estuviese usted como yo...

BART. ¿No lo estoy? ¿No me quedé huérfano como tú? Ese es el mundo. Aquí hemos venido á morir. Y es preciso ponerse en un «prisma»

de serenidad. ¿Por qué no había de morirse tu padre? ¿Porque era pintor? Pues, ¿no se murió Velázquez? Y que tu padre... tu padre era mi hermano, y como era mi hermano, puedo declarar, sin ofenderte, que no valía un pitillo. Un lila. Que si el lápiz, que si el pincel... ¡Un lila!

GLORIA (Indignada.) Un artista, tío. Que hubiese contado con protectores...

BART. ¡Qué protectores! ¡Redaños! Esa es la protección. Y él, en ese punto... ¿Has visto perdices en tu cocina, como no fueran pintadas?

GLORIA Con pan me bastaba junto á él.

BART. Pero como se ha muerto... Y por ahí voy. Tú habrás notado que te miro como un tío y de otra manera...

GLORIA ¿Yo?

BART. Y no es por lástima. Yo soy muy hombre y no sé lo que es lástima. Es... porque me gustas. ¿Qué te parece?

GLORIA A mí...

BART. Y esto sin romanticismos, seriamente. Ni soy de la madera de los novios, ni voy á cantarte coplas tocando la guitarra. ¿Te gusta la guitarra? Alquilo á un guitarrista. Pero yo, seriamente. Se trata de que te acomode un marido. Eso puedo ser yo, y cabal como el primero. Piénsalo. Esta noche hablaremos. Te doy seis horas.

GLORIA ¿Sólo seis horas?

BART. Trescientos sesenta minutos. Más de lo preciso. Piénsalo bien, que por muy hija de pintor que seas, no desconocerás la realidad.

ANT. (Que entra corriendo por la izquierda.) ¡Un automóvil! ¡César trae un automóvil, tío Bartolomé! (A Gloria.) ¿Quieres verlo? Ven al balcón.

BART. Deja ahora á tu prima. No está ahora tu prima para distraerse con tontadas. ¿Verdad, Gloria?

GLORIA (En un tonillo ambiguo.) Verdad.

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La misma habitación. Es de noche

A la izquierda, en una mecedora, lee ANTOÑITA el «Heraldo», junto á su novio. DON BARTOLOMÉ, con el «telón corrido» y jugueteando con un bastoncillo de marfil, se pasea. Fuma un habano para activar la digestión. FINITO, en el sofá de la derecha, apura otra «águila» con verdadero recogimiento, y se defiende con furia de FELICIANO, que le mancha de ceniza el pantalón ó el moñito del frontal, y que le sopla el humo á las narices. Ambos han bebido más de la cuenta. DOÑA GENOVEVA dormita en una butaca, y DON ROBERTO, alegre también, juega solo al monte

ROB. (En voz baja.) Siete, dos... ¡Hagan juego! (Comienza á tirar.) El siete. (Suelta las cartas y golpéase en la diestra.)

BART. ¿Todavía?

ROB. Por distraerme... Se divierte uno. Son martingalas de oficina. ¿Qué va usted á hacer en una oficina?... Pues se juega la mano derecha contra la mano izquierda y no hay quien se aburra. Yo siempre he jugado así al monte.

FEL. (Echándole ceniza en la calva á Finito.) ¡«Pirandón»!

FIN. (Dando un salto y poniéndose el gorro.) ¿Quieres no molestar, criatura? ¡Jinojo! (Feliciano le aproxima el cigarro al pantalón y Finito se levanta.) ¡Feliciano! ¡Feliciano!... ¡Bartolomé, que es tu pantalón! (Huyendo.) Genoveva, mira á tu

hijo... (Feliciano le alcanza y le ensucia el pantalón, sin quemárselo. Finito se detiene vencido y mira la prenda con rabia y dolor.) Quema, Satanás. (Sacúdese el pantalón y exclama conteniendo el llanto:) «¡Tres yolí!» «¡Tres yolí!» Te has lucido.

FEL. ¡Pero si no tiene ná, escandaloso!... Ven acá, feminista, simpático, que te quiero yo á ti...

FIN. Mucho cariño, mucho cariño... Me conmueve tanto cariño. (Pausa.) Feliciano, si fuera yo capaz de pegarme con alguien y por algo, me pegaría contigo y por esa acción. ¡Lo dicho!

FEL. Finito, dame un beso.

FIN. (Ruborizándose.) Cambia de naturaleza, desvergonzado.

(Entra PILAR por el foro.)

PILAR El café.

ROB. Adelante.

(Entra el CAMARERO por el foro. Trae cuatro cafeteras, vasos, copitas y una botella de cognac.)

CAM. Muy buenas. Servidor, don Roberto.

ROB. Hola, mocete. Echa el cognac, para que puedas largarte.

CAM. (Llenando las copas.) Mañana volveré por el servicio. ¿Se ofrece algo más?

ROB. Nada, mocete. Adiós.

CAM. (Volviendo desde la puerta del foro) ¡Ah! «Me se» olvidaba... (Saca un periódico.) Si lo quiere ustez... Es *El País* que viene denunciao. «Trai» lo suyo.

BART. (Cogiéndolo.) Caramba, lo agradezco.

CAM. Inquinia ¿sabe ustez? Como decimos las verdaes... ¡Pues tila y flor de malvas! ¿Se ofrece algo más?

BART. (Dándole unos cuartos.) Por el periódico.

CAM. Tantismas gracias. Servidor. (Sale por el foro.)

ROB. Anda con Dios, tunela.

(Entra GLORIA por la derecha.)

GLORIA Se durmió. Sin separarse de su hijo.

CÉSAR Más vale llegar á tiempo... (Levantándose.) Café.

GLORIA Si nunca lo tomo.

CÉSAR Hoy lo tomarás.

GLORIA ¿Para no dormir?

BART. Vaya, vaya, señorita dificultades. Pues no duermes; pero tomas café. A la fuerza. Con embudo, si te resistes.

GLORIA ¡Si usted se empeña!...

BART. (Sirviéndola.) Ni una palabra más.

GLORIA Más leche, más.

GEN. Y para nosotros...

BART. Sobra. Esos lo tomarán puro ó con amoníaco.

FEL. «Coñá». (Cogiendo una copa.) Arza, Fino. A mi salú. ¡Apúrala, salao!

FIN. (Tomando la copa.) «¡San seremoní, san complimán!» (El desdichado se traga el cognac, haciendo una mueca horrible. Va á beber agua y Feliciano huye con el jarro.)

FEL. Sopla, valiente.

FIN. (Enronquecido y tosiendo.) Feliciano... que... me ahogo... ¡Que ardo!... ¡Eh, eh, eh!.,.

GLORIA (Arrebatándole el jarro al bromista.) ¡Suelta! ¡Por Dios! Esas no son bromas. (Finito bebe ansiosamente.)

GEN. No le trates así, chica; no es para tanto.

FEL. Como que á ésta le voy yo á dar un «capón».

GLORIA Sí, ¡yo soy manca! (Probando el café.) Huy, qué cargado, Virgen!

FEL. Y tú ¿no nos convidas hoy? Ya decía yo que me faltaba algo: el convite «dominigal». ¿Como ha sido eso?

GLORIA (Amoscada.) ¡Ah! ¿No sabes que no tengo un cuarto?

FEL. ¡Chica!

GEN. Pero ¿es de verdad? Porque cuando me lo dijiste esta mañana no lo creí.

GLORIA Y ¿por qué?

GEN. Podías haber mentido... ¡Que se yo!

GLORIA (Inmutada.) Y ¿para qué había de mentir?

GEN. Porque hay cosas que ni se admiten, ni se pueden explicar, y... Pero más vale callarse.

GLORIA No, no; no se calle usted. ¿Qué es lo que no se puede explicar?

GEN. ¡Tu conducta! ¿Quieres que hable? ¡Te daré gusto! No es por el dinero. A mí tu dinero no me importa. Pero ¿en qué se han ido esas pesetas? ¿Qué fincas has comprado?

¿Qué alhajas?... Se diría que esta mujer mantiene á alguien.

GLORIA (Con dignidad.) ¡Tía!

GEN. (Echándolo á broma.) Como la verdulera de Feliciano.

ANT. (Gozosa.) ¿Quién es tu Feliciano? Dí.

GLORIA (Colérica.) ¡Yo soy tan señora como la más señora... y no quiero seguir!

GEN. Sigue, sigue, fierecilla... ¿Qué tono es ese? ¡Habrase visto la soberbia!

GLORIA ¡No me insulte usted!

GEN. Yo no insulto. Sé hablar mejor que tú.

ANT. (Con violencia.) ¡Y tienc más educación que tú!

BART. Vamos, vamos, calma. Tampoco hay que sacar á relucir la educación.

CÉSAR (A Gloria.) Mujer, te dan una broma...

GLORIA (Rompiendo á llorar.) ¡Una broma, una broma! ¡Si á mí se me habla en broma!... A cada minuto ofendiéndome... Todos contra mí.. ¡Contra una pobrecita muchacha!... Que yo mantengo á un hombre... ¡Ay, madre de mi alma, que no estás con tu hija!...

BART. (Enternecido.) Pero Gloria... tontuela...

GLORIA ¡Todos contra mí! Lo diré hasta que me oigan los sordos. Mejor viven los perros de las calles. (A Antoñita.) ¿Qué te he hecho yo?

GEN. ¿Y ella á ti? ¿A qué viene ese llanto?

ROB. Es ridículo. Tira sus pesetas, y encima...

GEN. Déjala. Dos trabajos tiene con enfadarse.

CÉSAR (Con una punta de ironía.) Hay que tolerar con agrado las chanzas. Tú eres muy grave y muy rígida. No, Gloria, no; aprende á vivir. (Pausa.) Está resentida por lo del cristal.

ANT. (Ordenándole con el gesto que calle.) ¡Chss!... ¡César!...

CÉSAR Si tiene mucha gracia. Déjame contarlo. Nada, señores; que esta rompió en su alcoba un cristal y se vino aquí bonitamente sin decir palabra. Entra Gloria, abre el balcón, sin fijarse, tira el cristal...

ANT. (Soltando la carcajada.) Y se ganó la riña. Prima, eres muy boba. (Besa á su madre que ríe.)

CÉSAR (A Gloria.) ¿Te enteras, desdichada? Y ¿no te ríes? ¿No es gracioso el lance?

BART. (Pretendiendo enjugarla el rostro con su pañuelo.) A limpiar esos ojitos. ¡Quieta!

GLORIA (Rechazándole.) ¡Déjeme usted! (Corrigiendo la agrura del tono y el gesto.) No se moleste.

CÉSAR Amiguita, que es tu tío. Serénate. Vives en perpetuo enfado. Antes, por lo del dinero; ahora, porque te miman...

GLORIA ¡Lo del dinero! Sí, eso es como lo del cristal. No lo gasté.

FEL. (Inquieto.) ¡Y dale! Siga la monserga.

GLORIA No; que se enteren de que yo no mantengo á nadie. Bien lo sabes tú.

FEL. ¿Porque me has prestado unos céntimos? ¡Si lo vas á pregonar para lucirte!...

GLORIA No hubiese abierto mi boca, si no me hubieran ofendido. Yo te prestaba por gusto, por afecto, no por lucirme.

GEN. Y ¿quién te mandaba prestar? La que no tiene, no presta ni regala. Se guarda en el bolsillo la vanidad, que es la que á ti te pierde

GLORIA Señora, yo soy humilde.

GEN. Como Luzbel. Si fueras humilde, al pisar esta casa me hubieras dicho: «Tía, tome usted. Guárdeme esos miles—ó esos céntimos, lo que tuvieses—para que me compre lo necesario.» Pero, ¡quiá! Pensarías que iba á robarte.

GLORIA ¡Si entré llorando de agradecimiento, señora!

GEN. ¿De agradecimiento, ó de alegría? Tú te dijiste: mientras me llenen el buche, ancha Castilla; vamos á gastar y á triunfar, que cuando se acabe... Y se acabó, porque si confías en Feliciano... ¡Cualquiera ve el color de sus metales!

CÉSAR Pero, en cambio, el de los míos, lo verá.

GLORIA (Sorprendida.) ¿El de los tuyos?

CÉSAR El de los míos, sí. De todas maneras vas á descubrirme... De modo que me descubro yo. Sí, señores; lo confieso con toda la vergüenza de que puedo disponer, que no es mucha. Yo también le pedí un dinerillo á Gloria: cuatrocientas pesetas. No se las devolví porque ignoraba su ruina. Y ahora...

ahora tampoco se las devuelvo. Se las doy á usted, doña Genoveva; á usted, que las administrará prudentemente.

GEN. No; que las guarde ella.

CÉSAR Usted. Ella no las quiere. ¿Verdad, Gloria? (Gloria se esfuerza inútilmente por contener las lágrimas.) Pues, señor, no hay remedio... ¿Que bromea usted? Llora. ¿Que la mira usted? Llora. ¿Que le da usted unos duros? ¡Llora también!... ¡Insoportable, hija de mis entrañas! (Antoñita se ríe.)

FIN. (Conmovido.) Usted es un hombre honrado.

CÉSAR (Abrazándole.) Gracias, don Serafín.

FIN. Y yo soy un bandolero. (Muy excitado.) ¡Un miserable!... ¡Un «gañote,» como dice Feliciano! ¡Un charrán! ¡Un ladrón! Si aquí hubiera justicia, no andaría yo suelto por las calles. Porque yo he abusado de ella; porque yo la he saqueado, constándome que no podría pagar. Ha sido mi finca... ¡Mi finca! ¡Ahí tienen ustedes la finca de este ladrón, peor que el Tempranillo!

BART. Pero, ¿tanto has sacado?

FIN. Lista. Siquiera el orden no me falta. (Saca un papel de un tarjetero viejo.)

CÉSAR Ni en el crimen, don Serafín.

FIN. Ni en el crimen. Aquí está. (Leyendo.) «Pedidos á Gloria. S. e. e. p.» Que significa: Saldo en el porvenir. «Día 24 de Febrero: 2,50, para un portamonedas. Día 3 de Marzo: una peseta para guardarla en el portamonedas. Día 1.º de Mayo: 0,75 para bencina, y 1,25 para agua de Colonia, á fin de que no apestara la bencina. Día 7 de Julio: una peseta, para ver en el Circo á un fenómeno que bordaba con los pies.» Era verdad. ¡Palabra!

BART. ¿Total?

FIN. Unas cincuenta pesetas.

BART. Setenta y cinco. (Entregándoselas.) Paga con réditos y todo.

FIN. Pues, señor, eres la espuma de la generosidad. Al bolso, Genoveva. (Doña Genoveva guarda el dinero.)

FEL. Pero esto ¿va á ser una función benéfica? Yo

no me achico. (Enseñándole á Gloria un duro.) A cuenta, hija. (Dándoselo á doña Genoveva.) Guárdese ese «mosco.»

CÉSAR (Burlon.) Bien, compañero. Te felicito. No esperaba ese rasgo.

FEL. (Por la cabellera.) ¡Que la tengo muy espesa, tú!... (Pausa.) Bueno y lo del «cine» ¿fué hablar por hablar? ¿No bajamos? El circuito de Dieppe. Una «pelí de órdago.» Verán ustés volar á los automóviles.

CÉSAR (A Gloria.) ¿Tú no bajas?

BART. ¿Quién se va á fijar en ti? Son diez minutos.

GLORIA No; no es porque se fijen... No quiero; no estaría bien.

FEL. Mira que el cine en cuanto apagan la luz se queda de luto.

GEN. Déjala. ¡Si no quiere! (A su hija.) Trae una toquilla para mí. (Sale Antoñita por la primera puerta de la izquierda.)

BART. Yo tampoco saldría.

CÉSAR ¿Cómo que no, si va usted á ser el pagano? (Entra Antoñita con una toca y un abriguillo de verano.) Además, yo no voy. De modo que se queda usted de jefe de la expedición.

ANT. ¿Que tú no vienes? No lo consiento.

CÉSAR Si me lo exiges, iré; pero al final. Me han citado ahí, en la cervecería, unos paisanos.

ANT. Pero, ¿no faltarás?

CÉSAR ¡Qué pregunta, mujer!

BART. Yo me largo así, con el «telón».

GEN. Naturalmente... ¡Para un «cine»!... Ea, andando.

FIN. (A Gloria.) Hasta luego.

FEL. Adiós, «acética».

GLORIA Que se diviertan ustedes.

CÉSAR Pensará seguir llorando. ¡Qué joven más húmeda!

FEL. (Cantando.)

«Llévame al cine, mamá,
mamá, mamá,
mamá, matógrafo...»

(Salen por el foro doña Genoveva, Antoñita, César, don Bartolomé, Finito, Feliciano y don Roberto.)

GLORIA ¡Pilar!... ¡Pilar!...

PILAR (Dentro.) Ya voy, señorita Gloria. (Entra por el foro, enjugándose las manos en el delantal.) Estaba rematando el fregao. ¿Todos se han «dido»?

GLORIA Todos.

PILAR Qué lástima me da de usté, señorita Gloria. En la flor de la «edá», con esa carita de «jamín»...

GLORIA Deje usted mi cara, Pilar. Y al grano.

PILAR «Pos» unas letras «pa» el hombre. Poca cosa. Tengo que mandarle un duro. «Místelo» aquí en seyos. Yo m'aviaré como pueda. (Suenan dos golpes discretos.) ¿«Yaman»?... Paece que «yaman» con los «nuiyos». (Vuelven á llamar.) Sí que «yaman» con los «nuiyos».

GLORIA Mire usté antes de abrir.

PILAR (Al salir por el foro.) ¡«Pos» no, que soy yo tonta! (Vuelve en seguida detrás de César, que se detiene riendo silenciosamente.)

GLORIA (Sorprendida.) ¿César?

CÉSAR (En voz baja.) César. (Deja el sombrero en un sofá, se aproxima á Gloria, y siéntase sin dejar de reirse con malicia.) ¿Qué hay, Pilar? (Pilar, que le mira desde la puerta del foro, le obsequia con una sonrisa y un mohín.)

GLORIA (A la criada.) Luego escribiremos.

PILAR Cuando quiera la señorita. (Se marcha.)

GLORIA ¿De qué te ries?

CÉSAR De ti, de la casa, de la familia...

GLORIA Y ¿á eso has venido? ¿Nada más?...

CÉSAR A eso, y... Mira, tienes razón. ¿A qué habré venido?. . César, coloso, ¿á qué has venido?... ¿Has venido porque esta señorita te distrae más que las carreras de Dieppe?... Sí, justo. (Pausa.) ¿Ni las gracias?

GLORIA Gracias.

CÉSAR No hay de qué.

GLORIA No te las doy por la visita.

CÉSAR ¿No?

GLORIA Te las doy por el dinero. Aunque yo debía haber dicho que nunca te he prestado...

CÉSAR ¿Estás segura?

GLORIA ¿Quieres burlarte?

CÉSAR ¿De modo que yo no te pedí cuatrocientas

pesetas? ¿Lo he soñado? ¿Me he propuesto engordar á tu señora tía?

GLORIA No; te has propuesto defenderme. Y por eso, á pesar de todo, te doy las gracias.

CÉSAR (Haciéndose el asombrado.) ¿Defenderte? ¿De quiénes?... ¡Pero si no te atacan! ¡Si es tu imaginación la que inventa asechanzas y enemistades!... Todo te lastima, todo te hiere... Y además... no eres agradecida. Al fin, te recogieron estos parientes... No lo negarás. Y te alimentan...

GLORIA ¿Qué les debo yo? ¿No trabajo? ¿No tienen en mí una criada sin sueldo? ¿Qué les he de agradecer?

CÉSAR Por lo menos, el estar viva. ¡Qué demonios! ¡Podían haberte asesinado! (Se ríe.)

GLORIA Me asesinarán. Todavía no es tarde.

CÉSAR Evítalo. A tiempo estás. Figúrate que has naufragado, que te ahogas y que ves una tabla. Cógete á ella. Cásate.

GLORIA (Con amargura.) Y tú, ¿eres mi amigo?... No; tú no eres mi amigo. Unas veces me molestas como un hipócrita y otras veces te burlas de mí, ó me criticas, ó metes cizaña...

CÉSAR Todo eso es verdad. Soy un malvado; pero un malvado que aconseja bien. ¡Cásate!

GLORIA Y ese, ¿es un buen consejo?

CÉSAR No es bueno; es magnífico. Es el consejo de un hombre que te quiere.

GLORIA (Maligna.) ¿Como un hermano?

CÉSAR Y como un enamorado. Te quiero, Gloria, y no puedo tolerar que seas infeliz.

GLORIA Pues... impídelo.

CÉSAR (Socarrón.) Lo impediría á mi manera; á la tuya, no. Porque, si yo te quiero, me quiero más á mí mismo. Sin novia, no hubiese frecuentado esta casa. En ti está el peligro; tú eres el peligro, chica. Junto á ti, empezaría por preocuparme del nudo de la chalina, del corte de pantalón y de las manchas, y acabaría por dedicarme al estudio y me licenciaría como cualquier majadero, y después... ¿No adivinas la tragedia?... César Galán vuelve á su pueblo; César Galán—¡Dios le

auxilie!—se compra una levita y ya con la levita va y se casa. Y luego el pobre César tiene unos cuantos chicos, y visita á los cafres de Aljorín, y se emborracha y engorda como un cerdo, y tiembla delante de su mujer, que se pondrá hecha una vaca... ¡No, no, no!... Nada de idilios. ¡Abajo la medicina y el matrimonio y la paternidad! ¡Muera la esclavitud!

GLORIA Eres tonto ó loco. Tantas maldiciones... y tienes novia.

CÉSAR Para robustecer mi voluntad. Cada noche salgo de aquí más seguro de no casarme. ¿Tú prima para siempre? (*Se ríe bajito.*) No, compañera. Fíjate en estos ojos. No son los de un idiota. (*Pausa.*) Un día subiré al coche donde vaya Feliciano, le saludaré con indiferencia y empezaré á mortificarle. Lo tomará á broma; insistiré; se enfadará... y entonces, á la menor chulería, por cada peseta que te ha robado le daré un puntapié. Escándalo, guardias, delegación... Y á la mañana siguiente, una cartita á mi ídolo. «Después de lo ocurrido, después de derramar tu propia sangre, es imposible»... Etcétera, etcétera.

GLORIA (*Conteniendo la risa.*) Pero eso sería una infamia.

CÉSAR ¿Ese pretexto? Sería menos infame decirle la verdad. «Señorita: es usted una acémila. He encontrado en sus besos cierto gustillo á cebada. Su conversación inverosímil me hubiera convertido en un imbécil, y sus ideas en un perfecto miserable. Señorita me ha convencido usted de que el amor hace un borrico del hombre más equilibrado.»

GLORIA ¡Qué atrocidad!

CÉSAR ¿Sería menos infame?

GLORIA Pero si los que se casan son unos burros, las que se casan...

CÉSAR No es lo mismo. Para las mujeres, el casamiento es la liberación. Estudia tu casa. Ahora que estamos solitos, convendrás en que los caballeros y las damas de tu

familia son unos aristócratas dignos del cordel.

GLORIA Menos Serafín, todos. Lo firmo en una escritura. Es el Evangelio de la misa.

CÉSAR Pues bien, si continúas en su madriguera—y más ahora, que no puedes obsequiarlos con algunas piltrafas,—te humillarán, te perseguirán, te cegarán á fuerza de lágrimas. ¿Por qué no sales de aquí y los burlas?

GLORIA Sola, si saldría.

CÉSAR Sola, no es posible.

GLORIA (Con indecisión.) Entonces...

CÉSAR Entonces, ¿qué?

GLORIA (Después de unos momentos de perplejidad.) No; no puedo. Antes morir. (Con energía.) ¡Que me humillen, que me abofeteen, que me maten!... Lo prefiero á verme en manos de ese hombre. ¡No; no puedo; no puedo!... Con su fealdad... Y antipático, y sucio... Tú no te imaginas el miedo, el asco, la vergüenza... No sé explicarme... No aceptamos por marido al primero que pasa. Los maridos se escogen. Que le gusten á una; que hayan sido novios; que una haya pensado y se haya acostumbrado á la idea de... Y de otro modo es indecente.

CÉSAR (Chancero.) Hola, hola...

GLORIA No somos las mujeres tan .. así. Y entre casarse con un viejo asqueroso porque tenga dinero, lo cual es una venta, y... y hacer un disparate... Pues quizás sea menos inmoral el disparate, y el Señor me perdone si he dicho un despropósito. (César aplaude.) ¿Lo he dicho?

CÉSAR No lo has dicho, y te aplaudo en el nombre del Señor. César, un viva estentóreo á la señorita Gloria. (Bajando la voz.) ¡Viva la señorita Gloria! ¡¡Vivaaa!!

GLORIA (Avergonzada.) Lo he dicho. (Con resolución.) ¡Dicho está! No transijo. No me vendo.

CÉSAR ¡Pobre don Bartolo! Y con él estarías en el paraíso... Dueño de un fortunón, enamorarado, con poco de lo de Séneca...

GLORIA Aunque tuviese los brillantes á esportones

CÉSAR No repugna. Es generoso. Disfruta de alegría y casi de salud. Añade que te distraes junto á él, que te ríes... Si no fuera porque ha de contenerse junto á los árboles para no trepar hasta la copa, yo haría con él muchas excursiones.

GLORIA Como no te enamora...

CÉSAR Y analizando su tipo... ¿qué puedes pedirle á sus patillas? ¿No están bien pintadas? ¿No se las peina á la perfección? Y su bigote, ¿no es frondoso? Y la cicatriz, ¿no le da cierto aire guerrero?

GLORIA Es una preciosidad la cicatriz. ¿Cuántas lañas le pondrían?

CÉSAR Eso te prueba que es un hombre fuerte.

GLORIA No me gustan los «ginastas».

CÉSAR Porque no piensas en tus hijos. De padres fuertes, hijos fuertes y sanos.

GLORIA ¡Yo, á milenta leguas de Madrid y con ese coco!... ¡Por dónde! Para que me pusiera á un caimán de portero y á una «caimana» de doncella... Para que le diese á los niños el ojo cuando jugaran á las bolas... ¡Que no! Que muchas gracias; que renuncio. (Suena un campanillazo y Pilar cruza por el foro para abrir. La rapidez con que acude hace comprender á Gloria que los espiaba.) Esa estaba escuchando.

CÉSAR ¡Pchs!... ¿Te importa?

GLORIA Después de todo...

(Entran por el foro DOÑA GENOVEVA, ANTOÑITA, DON BARTOLOMÉ, FINITO, FELICIANO y DON ROBERTO.)

CÉSAR Gracias á Dios. ¡Por fin!

ANT. Gracias á Dios, decimos nosotros. ¿Dónde te has metido?

CÉSAR En la cervecería. No ví al paisano; pero me entretuvieron. Una cosa muy desagradable: Pepito Morín, que mañana... se bate. Cuestión de faldas.

FEL. Conque un desafío... ¡Pamemas de gomosos! No hay más que un buen garrote, ó una lengua de Albacete, y en el momento de la cuestión, sin enfriarse, ¡duro!

ROB. (Indignado.) ¡No barbarices! ¿Qué sabes tú?

FEL. Yo no sé nada... Doy una opinión de macho. Y para no discutir, al catre.

BART. ¿Ya?

FEL. A las cinco he de estar en el cocherón y media hora después en la jardinera... ¡Usté verá! Buenas noches.

BART. Buenas.

CÉSAR Adiós.

FEL. (Cantando.)

«Llévame al cine, mamá,
mamá, mamá,
mamá, matógrafo.»

A ver si mañana pué comerse la tortilla mamá, mamá. (Sale por la derecha.)

CÉSAR Yo también me retiro.

ANT. Es temprano todavía.

CÉSAR Me aguarda Pepe.

ROB. (Caballeroso.) Déjale ir. Eso es sagrado.

CÉSAR (Repartiendo apretones de manos.) Hasta mañana.

GEN. Hasta mañana.

ANT. Voy al balcón. (A César que sale por el foro.)

FIN. Pues señor, estoy de una manera...

GEN. Anda, anda á tu cuarto. A descansar.

FIN. Precisamente pensaba en pedir permiso. De modo que buenas noches. (Don Bartolomé, preocupado, no le contesta. Don Roberto le despide con un ademán desdeñoso.)

GLORIA Buenas y santas. (Guardan silencio unos instantes.)

GEN. Pilar...

PILAR (Dentro.) Señorita... (Entra por el foro.)

GEN. (Dándole unos cuartos.) Tome usted. Carne, leche y sardinas... Al señor Isidoro que mande al chico temprano con azúcar y judías... ¿Qué más? ¡Ah! Que la leche es agua. A ver si me insulta usted á la lechera.

PILAR ¿Nada más?

GEN. Nada más.

PILAR Que «ustés» descansen. (Sale por el foro.)

GEN. Adiós. (Callan otra vez.)

BART. (A don Roberto, que coge las cartas y va á sentarse.) Chico, si no te molestara...

ROB. Dí.

BART. Quería hablar con Gloria.

ROB. Sí, hombre. ¡Qué me has de molestar!

GEN. Y que nosotros vamos á acostarnos. Yo me levanté antes que el sol, y éste, á las ocho, debe estar en la oficina.

ROB. Sí, sí. Dices bien. A la camita.

GEN. Hasta mañana. (A Gloria.) ¡Anda... niña de la suerte!...

GLORIA Hasta mañana. (Doña Genoveva y don Roberto salen por la primera puerta de la izquierda.)

BART. Hasta mañana. (Quedan en silencio. Gloria junto á la mesa, manosea el tapete. Don Bartolomé, agitadísimo, mide á trancos la habitación.)

GLORIA Si á usted le parece, dejaremos la conversación para otro día.

BART. ¿Lo dices porque no hablo?

GLORIA No; porque tengo sueño. También yo madrugo.

BART. Por media hora más...

GLORIA (Sentándose.) Bien. (El matador de Cafetera continúa paseando, sin duda porque no sabe cómo empezar.)

BART. (Deteniéndose con súbita resolución.) Es el caso, querida sobrina, que yo aspiro... ¿Para qué te lo he de repetir?... Un hombre como yo, que no es ningún chiquilicuatro, no pierde el tiempo en pamplinas. De modo que «artilleros, á los cascos».

GLORIA (Después de una pausa.) Yo, así, de pronto... Se trata de mi suerte. Toda la vida la decide una en un minuto.

BART. En menos. En dos segundos. Si ó no, y ya está. ¿Si ó no?

GLORIA (Confusa.) ¡Dios mío!

BART. ¿Si ó no?

GLORIA Me pone usted un puñal al pecho.

BART. Es mi sistema. Escoge.

GLORIA No; he de pensar... Deme usted un plazo que no sea de horas. Dentro de unos meses...

BART. Ta, ta, ta... Que no. Es tu decisión. ¿La he adivinado?

GLORIA Yo no he dicho... Desde luego, la honra que usted me hace... es una honra para una pobre muchacha como yo... que, vamos... la

agradezco mucho. Sí, señor, mucho. Me faltan palabras para...

BART. Eso es lo que te sobra á ti. Labia y habilidad. (Da unas vueltas cada vez más nervioso, restregándose con ira las manos.)

GLORIA A usted no han de faltarle...

BART. (Con grosería.) ¿Mujeres? ¡No! (Pausa.) Tú pensarás que me he puesto en ridículo...

GLORIA ¿En ridículo? ¿Por qué?

BART. Pues no me he puesto en ridículo. Esa es una verdad. Y otra verdad: Si te figuras que eres la única mujer del mundo, te has equivocado. ¡No tanta soberbia!

GLORIA Yo, figurarme...

BART. No, no niegues. Te lo figuras. Pero, amiga, das con un amigo que conoce el «temperamente» de la mujer. Y no se deja pisar así como así ese amigo, amiga.

GLORIA Eso, si yo quisiera pisarle á usted.

BART. Quieres. ¡Me «costa»! (Pausa.) La culpa es mía. (Irónico.) Te he tratado por todo lo alto, rebajándome, como si tú fueras la reina Salomón y yo un muerto de «nesecidaz». Y no, no lo eres. ¡Qué has de serlo... Y sin un cuarto, amiga. Y todo no es tener los ojos así, y la boca asao, y la cintura de esta manera y el pelo de la otra... «Máxime más» no viviendo de la «admósfera».

GLORIA Sí me echa usted en cara mi pobreza...

BART. Te la echo en cara... relativamente. Eso de que se diga: «Ahí tiene usted dinero largo» y que se responda: «lo pensaré»... ¡Mereces morir de «inacción», en medio de la calle, por idiota!

GLORIA Las cosas se piensan... Repito que he de pensarlo. Y no tener avaricia creo que no es un crimen.

BART. (Mirándose al espejo.) ¿Soy yo repugnante? Calvo. Bueno. Y la cicatriz. Bueno. Y lo del ojo. Pero, acaso, ¿presumo? ¿Me las doy de lindo? ¿He querido engañarte con el ojo de cristal?... ¡Ese es el problema! Yo me quito el ojo, yo no uso peluca, yo no me pinto la cicatriz... ¿Es eso repugnante?

GLORIA Nadie lo dice.

BART. Entonces... ¿por qué me rechazas? ¿Es porque no soy elegantón, teniendo más dinero que otros?

GLORIA No. Si á mí los presumidos... ¡Huy, qué asco!

BART. ¿Es porque no me pongo «finolis» para enamorar?

GLORIA ¡Jesús!...

BART. (Tocándose el ojo huero.) ¿Es por...? El agujero se tapa con un diamante.

GLORIA ¡Oh! ¡Qué tontería!

BART. ¿Quieres que no me quite nunca el postizo, aunque rabie? ¡O es que no te gusto yo en general!... ¡A declararse, jinojo!

GLORIA Caramba, pregunta usted con una franqueza...

BART. El pan, pan, y el vino, vino. Déjate de hipocresías.

GLORIA No; asqueroso, lo que se llama asqueroso, no es usted.

BART. (Satisfecho.) ¡Ah!

GLORIA Sino que cada cual tiene su tipo... aquí. (En la frente.)

BART. Y tú, ¿tienes el tuyo? Pues aguarda sentada. Pero «hate» una reflexión. No llueven panecillos, ni pollos asados, ni hay árboles que den jamones, ni fuentes que manen vino... ¿Estás?

GLORIA Estoy.

BART. Y como aquí no van á mantenerte toda la vida... Pues no saco la consecuencia... Desengáñate: la mujer no tiene más que un guiso: casarse.

GLORIA (Con tristeza.) Sí, es verdad.

BART. ¡Pues decídete! ¿Quieres boda? Dí una palabra, y antes de ocho días estamos pitando.

GLORIA (Con gracia.) Tío... ¿y para qué necesito yo pitar? (Don Bartolomé se ríe brutalmente.)

BART. ¡Tiene gracia, mucha gracia! Atiende: yo, en la vida de los negocios, me he hecho un poco «expiditivo». El tiempo es oro, y en todas las «circustancias» procedo á la yanqui. Es decir, que si te acomoda el casorio, mañana me levanto al ser de día, cojo un coche, me

plantifico en el palacio obispal, y una vez allí: «¡A ver! ¿El hombre que dá las dispen-pensas?» «Aquel caballero.» «Muy señor mío. Tanto gusto. Va usted á servirme por el aire, con su cuenta y razón. Una dispensa de tío y sobrina para esta noche, sin falta.» Que no replica el hombre. Le doy cien duros. Que replica. ¡Puñetazo en las narices! Y en seguida, antes de que se reponga, pin, pin, pin: tantos billetes por la dispensa, tantos por las narices, y en paz. ¡A la yanqui! (Quedan en silencio. Don Bartolomé, esperanzado, aguarda una contestación, pero Gloria levántase sin replicar.)

GLORIA Usted no ha caído en la cuenta de que es muy tarde, tío.

BART. (Con sorda rabia.) ¡Ah! ¿Esa es tu contestación?

GLORIA Hay que dormir.

BART. ¿Lo tomas á chanza?

GLORIA ¡Pero, tío! Yo le estimo, le respeto...

BART. (Irónico.) Conque estimación... ¡Caramba!

GLORIA Vuelvo á decir que le agradezco mucho la honra que me hace; pero...

BART. (Estallando.) ¡Me paso yo por el bigote tu agradecimiento y tu respeto y tu estimación! ¡Nos ha fastidiado la hambrienta! Pero todavía el asunto no se remató, amigaza. ¿Quieres pelear? ¡Pelearemos! No te quejes después.

GLORIA (Altiva.) Nunca me he quejado.

BART. ¿Sí? ¡Enhorabuena! Que descanse vuestra majestad estropajosa. (Desde la puerta del foro levantando el brazo como si fuese á abofetearla:) ¡Te acordarás de mí! (Sale don Bartolomé.)

GLORIA (Disgustada.) Sí, me acordaré; sí.

(PILAR, adormilada y bostezando, entra por el foro.)

PILAR ¿Se acuesta la señorita?

GLORIA Sí. (Frente al espejo quítase las horquillas y los peinecillos. Pilar sale por el foro y vuelve en seguida con un colchón, sábanas y almohadas.)

PILAR ¿Vamos? (Entre las dos, retiran el sofá de la derecha y las butacas y tienden el colchón contra el muro. Suenan unos golpecitos discretos.)

FIN. (Dentro.) ¿Se puede?

GLORIA Se puede. (Entra FINITO por la derecha.) Nos ayudará usted.

FIN. «Avé plesí». (Mientras terminan de hacer la cama, pone la silla baja á la cabecera y coloca el biombo abierto perpendicularmente al foro. Después enciende una palmatoria.)

GLORIA (A Pilar.) La luz.

PILAR Buenas noches. (Sale por el foro y corta de paso la luz eléctrica.)

GLORIA ¿No se acuesta usted?

FIN. Al instante. Venía á fumar un cigarrejo en tu compañía: pero si estás cansada...

GLORIA No mucho. (Cierra la puerta del foro y la asegura obstruyéndola con una butaca.)

FIN. (Sentándose en el colchón con la palmatoria en la mano frente á Gloria que ocupa la silla.) ¿Y qué? Habrá estado brutal.

GLORIA Figúrese.

FIN. Y te ha dicho... No es curiosidad, paloma: es interés.

GLORIA Pues la mar y los peces, don Serafín. Que yo, con mi boca así y mi cintura asao, no soy la única mujer del mundo; que el se tapa el ojo que no tiene ojo con brillantes; que yo, si no me caso, cuando éstos me despidan me moriré de «inacción»...

FIN. (Doctoral.) De inanición; de frío.

GLORIA Lo que sea. Que si no le despachan las dispensas, él, que es muy yanqui, le atiza un puñetazo al que las da... que ha de ser el Nuncio...

FIN. (Horrorizado.) ¡Un puñetazo al Nuncio! Ese hombre es un Calvino.

GLORIA Y así todo. Y luego, cuando me atreví á decirle, para que me dejara, que era tarde perdió los estribos, y casi me pega. Creerá el muy alcornoque, ganso, que yo me asusto. ¡Pelearemos! Y si me martirizan, aire, aire... Señorita de compañía, modistilla, criada... ¡No que no!

FIN. Cabal. Yo me iría contigo. A las aventuras, á la miseria...

GLORIA Aprobado. Y ahora, márchese usted solo. A dormir.

FIN. A dormir. Descansa, paloma. Yo me asomaré al balcón. Siento un calorcillo tan extraño... El café y el cognac. Estoy «tumultuoso». Descansa. (Sale por la derecha.)

GLORIA (Da los últimos toques á su yacija, deja en la silla la palmatoria y hace la señal de la cruz.) «Jesucristo crucificado guarde mi casa, mi cama y mi alma.» (Levántase y se quita el vestidillo, quedando en enaguas. Al comenzar á desabrocharse la blusa, la detiene un ligero ruido y ve, sorprendida y espantada, que se entreabre la puerta del foro y que por el hueco se introduce una mano.) ¿Quién es? (La mano coge la butaca y la retira.) ¿Qué hace usted? ¿A qué viene usted aquí? (Aparece en el hueco de la puerta la carátula de don Bartolomé con su único ojo entenebrecido, y Gloria instintivamente retrocede y grita con pavor.) ¡No entre usted! ¡No se acerque usted!

BART. (Con una falsa sonrisa.) Pero, muchacha... (Se desliza en la habitación. Luce una abominable «guayabera» de piqué y una elástica roja.)

GLORIA (Temblando.) ¡No se acerque usted! (A gritos, despavorida.) ¡Serafín!... ¡Tío Roberto!... ¡Auxilio!...

BART. ¿Callarás, estúpida? Pero ¿qué te has figurado?

GLORIA ¡Tío Roberto!... ¡Serafín!...

BART. (También á gritos.) ¡Roberto!... ¡Genoveva!... ¡Que tenemos una loca en casa! ¡«Venir»! (A Gloria.) ¿Vas á asustarme con tus graznidos? (Entra por la derecha don Serafín, y Gloria se refugia en sus brazos.)

FIN. (Heroico y majestuoso, apretándola contra su corazón.) ¿Qué pasa aquí? ¿Cómo has entrado aquí?... Bartolomé, si no lo viese, no podría creerlo.
(DOÑA GENOVEVA y DON ROBERTO entran por la izquierda. La mujer viene en pantuflas con una falda y un mantón, y el marido se envuelve en una bata.)

GEN. ¿Qué ocurre?

ROB. (Alarmado.) ¡Bartolomé!...

FIN. (Con ironía.) Bartolomé que ha perdido el juicio, que...

BART. ¡Que va á romperte la crisma, si te metes en lo que no te importa!

FIN. (En un arranque temerario.) ¡Pero no me quitarás la razón!

BART. ¡Idiota!... (A doña Genoveva.) Nada, que entré para llevarme un vaso y no se qué se imaginó esa virtud.

GLORIA (Llorosa.) ¡No se entra donde duerme una señorita! Y después de haberla pretendido, mucho menos. ¡No es decente! Eso no se hace con una pobrecita que confía en la caballerosidad de todos.

FIN. (A punto de llorar.) ¡Ahí le duele!

GLORIA Yo duermo aquí sin un cerrojo y sin nada porque no desconfío. Hay caridad, hay educación, hay vergüenza... ¿Qué, me equivoco? Pues si se han acabado los caballeros que se diga, señor; que lo sepa una.

BART. ¡Cualquiera que la oiga! Ni que yo fuese un bandolero...

ROB. Ofendes á tu tío y á la casa. Nos ofendes á todos.

GEN. ¡Te iría á comer!

GLORIA ¿Por qué entró? ¿No vió cerrada la puerta?

BART. Otra cosa es la que yo veo, y me voy para no desbarrar. Tú deliras y no quiero acompañarte en el delirio. (Sale por el foro fingiendo una noble indignación.)

GEN. (Con severidad.) Basta de lloriqueos. Si ha entrado, por algo habrá entrado. No le des pie, paloma.

GLORIA ¡Ah! ¡Conque es mía la culpa!

GEN. Ahora no vamos á discutir. Mañana será otro día. (A su marido.) Anda. (Salen por la izquierda.)

GLORIA (Después de unos instantes de silencio.) No aguanto más. No más, señor. ¡Pobrecita de mí! ¡No más, no más y no más! (Se abotona la blusa y se pone la falda.)

FIN. (Corriendo hacia el foro y rugiendo por lo bajo.) ¡Charrán!... ¡Voluptuoso!... ¡Impúdico!...

GLORIA ¡Por Dios, que le van á oir!

FIN. (Todavía más bajo.) Que me oigan. ¡Quiero que me oigan! (Encarándose con su invisible ene-

migo.) ¡Mamarracho!... ¡Feo!... ¡Requeteimpúdico!...

GLORIA Si se han acabado los caballeros...

FIN. ¡Eso no! No nos condenes á todos. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿Me crees capaz?...

GLORIA (Abrazándole.) ¡Pobre, pobre Finito!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

Habitación de César, en casa de doña Baldomera. Es una pieza espaciosa, alta de techo, con un balcón á la derecha que da á la calle. En segundo término, un lujoso estante junto al balcón. En frente, una mesa-ministro y un sillón de cuero. A la izquierda, una cómoda. Sobre la tapa de mármol hay libros de Medicina y de literatura, botellas de Jerez y cognac, frascos de quina y de agua de Colonia, peines y cepillos. Al foro, en el centro, una puerta que comunica con el pasillo; á la izquierda, una cama; á la derecha, una ventana por la que se ven el pasillo y la puerta del cuarto, y en el rincón un palanganero. En medio de la habitación un velador flanqueado por dos sillas. En la mesa hay libros, tirillas y puños, un jarro de agua, los periódicos de la noche, un panecillo envuelto en papel de seda y un quinqué.

BAL. (Dentro, al oir un rudo campanillazo.) ¡Voy! (Aun vibra el metal cuando una mano impaciente agita de nuevo la campanilla.) ¡Va!... No es cosa de salir desnuda.. (Ilumínase el pasillo y por la ventana se ve á la patrona con una capuchina en la diestra. Antes de abrir reconoce por la mirilla á los que llaman, aproximándose la luz al rostro.) ¿Quién es?

FEL. (Dentro.) ¡Por los clavos de Cristo, «señá» Baldomera!

BAL. Adentro, señor Feliciano.

(Abre y entran en el pasillo DON BARTOLOMÉ y FELICIANO.)

BART. (A doña Baldomera.) ¿El señor Galán?

BAL. Pues no ha venido.

FEL. (A don Bartolomé.) ¿No lo decía yo?

BART. No importa. Le esperaremos. Si la señora nos hace el favor...

BAL. Naturalmente. Sin favor. (Desaparece con la luz y en seguioa llama á don Bartolomé y á Feliciano que aguardan frente á la ventana.) Pasen ustedes. (Entran en la habitación. Don Bartolomé trae su teloneillo y Feliciano un ligero gabán sobre los hombros. Doña Baldomera es una cuarentona de ojos parleros que aún no ha renunciado á la coquetería.) Asiento, señores. Voy á encender. ¿Una cerilla, Feliciano? (Deja la capuchina en el velador y enciende el quinqué. En sus miradas hay cierto recelo y en toda la expresión de su rostro nótase que la punza una terrible curiosidad.)

FEL. Por nosotros, no se moleste, doña Baldomera.

BAL. Si no es molestia, Feliciano. ¡Tendría que ver! (Muy afable.) Este caballero ¿es su tío el tuerto? ¡Ay, usté dispense, caballero! Aunque no es ninguna deshonra.

BART. (De mal humor.) No es ninguna deshonra. (Don Bartolomé, encocorado, silba y golpea nerviosamente el piso con su bastón. Hay un momento de silencio.)

BAL. ¿Pasa algo, Feliciano?

FEL. Nada, que hemos de hablar con César. Un asuntillo urgente.

BART. Tu padre no debe de tardar.

FEL. Eso creo. (Ofreciéndole tabaco.) ¿Quiere usté?

BART. Fumaremos. (Encienden los pitillos.)

FEL. (Que huroneando en la cómoda coge un libro.) *Les métamorphoses d'Ovide*... ¡Miau!

BART. (Tirando con rabia el pitillo.) ¡Maldita sea mi suerte!...

BAL. (Decidida á no marcharse.) ¿Se ha quemado usté?

BART. ¿Cómo?... Ah, sí. (Callan de nuevo. Suena la campanilla. Don Bartolomé se incorpora con la intención de salir.)

BAL. ¡Quite usté, caballero! Estaría bonito. (Abre y vuelve con DON ROBERTO á la habitación.)

ROB. (Con desanimación y cansancio.) Nada.

FEL. ¿Las de Morales?...

ROB. Nada.

BART. ¿Y don Fermín?...

ROB. Menos. (Siéntase jadeante.) Todo inútil. Se ha abierto la tierra y se la ha tragado. Subir escaleras, correr, preguntar... Nada. Inútil. Se ha abierto la tierra...

BART. No se abre la tierra, Roberto. Hay que buscar.

FEL. Yo iría al Gobierno. Después de todo...

ROB. ¿Y la escandalera? ¿Te parece bonito que siendo yo empleado hablen los periódicos y «nos tergiversen», y seamos el ludibrio de Madrid?

BART. Que hablen. Hay que ir al Gobierno; hay que... (Fijándose en doña Baldomera, que no pierde ripio.) Señora, usted dispense; pero se trata de asuntos delicados, y usted comprenderá...

BAL. No molesto, no molesto... Buenas noches. (Con acritud.) Y si me hubiesen advertido...

FEL. Usté dispense... Son cosas que... (Doña Baldomera se marcha por la izquierda.)

BART. (A Feliciano, en voz baja.) Hablas con el jefe de la policía y con el gobernador, si puede ser, y dices lo ocurrido. Que pregunten al Juzgado y las Casas de Socorro; que trabaje la policía... Llévate el coche de tu padre. Y aquí aguardamos. (Sale Feliciano á escape.)

ROB. Inútil de toda inutilidad. Me lo advierte el corazón.

BART. ¡Hombre, calla! Me impacientas; me... me... (Pausa.) La mosquita muerta, la niña llorona... ¡La cogía y me cansaba de abofetearla y de patearla! ¿Qué se le ha hecho?... ¿Qué peligro corría?... ¿Estaba entre salvajes?

ROB. Y el escándalo. Figúrate lo que charlará... Si no ha hecho una sonada, porque esa romántica es capaz de tirarse por el viaducto.

BART. ¡No, no es posible! ¡No me lo digas!

ROB. Sí es posible. La conozco. Sale á su madre. Cuando se desata, ni un ciclón. (Pausa.) Y si se ha presentado al juez... (Con ira.)

BART. (Despreciativo.) ¿Qué hay con el juez? Si ella nos achaca algo sucio, mentirá con toda su boca. De mí, atenciones es lo que ha reci-

bido. ¡Demasiadas! Detalles galantes. Y si alguien debiera ofenderse, ese alguien sería yo.

ROB. Caramba, tú ..

BART. ¡Yo! ¿Qué? ¿Era un crimen entrar en el comedor por agua? ¿No entrabas tú? Y ¿no soy su tío,.como tú?

ROB. Varía la cosa.

BART. ¡Ah! ¿Me crees acaso?...

ROB. No ¡por Cristo! no. (Queda junto al veladorcillo. Don Bartolomé siéntase en el sillón, volviéndole la espalda. Callan unos momentos )

CÉSAR (Dentro A alguna distancia.) ¡Sereno!... ¡Antonio!... ¡Sereno!...

BART. (Levantándose rápidamente.) César... ¡Gracias á Dios!

ROB. Gracias á Dios... ¿por qué? ¿Va César á salvarnos?

BART. Habló con ella, estaba en casa cuando volvimos del «cine».

ROB. ¿Y por eso?...

BART. Quién sabe si Gloria le diría...

ROB. ¿Para que viniera á contármelo?...

BART. Bien. No sabrá nada; pero al menos ayudará.

ROB. Esa es ya otra canción.

(CÉSAR abre con su llavín la puerta del cuarto y entra alumbrándose con la cerilla del sereno.)

CÉSAR (Desde el pasillo.) ¡Calla! ¿Visita? (Entra en la habitación. Con sorpresa.) Señores ..

ROB. Aquí nos tienes. ¿Eh? Hace tres horas ¿quién nos iba á decir?...

CÉSAR A decirnos ¿qué? Me alarman ustedes. ¿Qué?

ROB Una desgracia, una ruina, un lío.

BART. Desgracia, no. ¿Qué sabemos?

ROB. Lo sucedido es ya una desgracia.

CÉSAR ¿Algo de Feliciano?

ROB De Gloria.

CÉSAR (Con terrible ansiedad.) ¿De Gloria? ¿Qué le ha ocurrido á Gloria? ¡Hable usted!

ROB. Si el caso es que ignoramos...

CÉSAR (Anhelante.) ¿Qué ignoran ustedes? Explíquese.

ROB. Pues todo. Que se ha ido de casa, que no

está en casa... ¿El por qué de la fuga? (Se encoge de hombros.)

CÉSAR (Aplanado.) ¡Qué se ha ido! ¡Gloria se ha ido!

BART. Desde las doce la buscamos. Visitas, preguntas, carreras de una á otra parte...

ROB. Y todo inútil. Como si se hubiese abierto la tierra y se la hubiera tragado.

CÉSAR Bien. Magnífico. (Pausa.) Y la dejé tranquila, me habló serenamente, no pude advertir... (Pausa.) ¿Han avisado ustedes al Gobierno?

BART. Feliciano. Volverá aquí.

CÉSAR (Calmoso.) Cuénteme usted, don Roberto. Algo ha pasado.

ROB. No.

BART. De particular nada.

CÉSAR No, don Bartolomé. No lo creo. Ha pasado algo. Esa criatura ¿iba á huir á media noche porque sí, por gusto? ¡Bah!

BART. Y sin embargo. .

CÉSAR ¿Una riña fuerte? ¿Una discusión viva? (Persuasivo.) Confíese usted á mí. ¿No soy casi de la familia?

ROB. ¡Si te juro que te equivocas!... Nos acostamos como de costumbre. Unos minutos más temprano Genoveva y yo. Este...

BART. Yo me quedé charlando con Gloria.

CÉSAR (Conteniéndose.) ¡Ah! Y la conversación, sin duda...

BART. (Con frialdad.) Sin duda la conversación fué como otras que habíamos sostenido. Sin duda alguna.

CÉSAR (Después de mirar fijamente á don Bartolomé.) Siga usted, don Roberto.

ROB. No hubo más.

CÉSAR (Con energía.) Me imagino que hubo más.

BART. (Con soberbia.) Sí, hubo más.

CÉSAR (Sonriendo.) ¿Ve usted, don Roberto?

BART. Es decir, hubo y no hubo.

CÉSAR (Con ironía.) Jeroglífico.

BART. (Con una calma amenazadora.) Yo no me expreso en «jerolíficos», pollo. Me explicaré. El pan, pan, y el vino, vino. Después de la conversación, que fué insistiendo en la idea de ofrecer mi mano, conversación delicada, de

caballero, amigo César, me fuí á mi alcoba. Molesto por ciertas pullas ¿por qué no lo he de confesar? Dí vueltas y más vueltas, repasé mi libro diario para distraerme con los números, y antes de echarme, como tenía la boca sequerona, quise beber. Al comedor. Y aquí fué la tragedia. Gritos, temblores, espavientos... Igual que si un diablo...

CÉSAR (Atajándole.) Pero... ¿se había acostado?

BART. No. Estaba en enaguas. Tan decente como con el vestido.

CÉSAR ¡Ah! (Pausa. Otra vez se miran largamente el de la cicatriz y el mozo.) ¿Y la escapatoria?...

BART. Una hora más tarde.

ROB. Yo sentí la puerta y salí inmediatamente... Pero ni rastro. (Pausa.) Me parece que sube el chico. (Se oye el pito del cobrador.) Sí, es él. (Suena un golpe en la puerta. Don Roberto abre y entra con FELICIANO.)

BART. ¿Noticias?

FEL. Lo mismo que en todas partes.

BART. De manera...

FEL. Que «nanai»... (A César.) ¿Has visto, chico, que «divercionsita»? (A su padre.) Y otra cosa. Usté que vaya al gobierno esta misma noche, ó por la mañana. Quieren interrogarle.

ROB. (Irónico.) Je, je... ¿No lo decía? Ya empezamos.

CÉSAR ¿Y no me llamarían á mí? Es preciso que me llamen. Y aunque no me llamen, iré.

ROB. ¿Tú? Y ¿á qué santo?

CÉSAR (Agresivo.) ¿Se figura usted que se ha perdido una gata? No, don Roberto, no. Hay que poner en claro lo que está turbio. Y como yo soy más independiente que el sol, diré cuanto debo decir. (Don Bartolomé, Feliciano y don Roberto le escuchan asombrados.)

ROB. César, me parece, por el tono en que hablas que...

BART. (Socarrón.) Juraría que se ha enfadado don César.

CÉSAR No jure usted. Todavía, no.

BART. (Irónico.) Y... ¿puede saberse que es lo que va usted á revelar?

CÉSAR Puede saberse. Acompáñeme usted mañana y me oirá.

BART. ¿Ahora, no?

CÉSAR Ahora, no.

BART. ¿Por?...

CÉSAR Entre otros motivos, porque estoy en mi casa.

BART. (Canturreando con agresiva ironía.) ¡Ay, ay, ay, ay!...

FEL. Chico, César, permíteme que te diga que estás metiendo la pata hasta el corvejón. ¿Qué modo de portarse es ese? Mira que estamos entre hombres.

CÉSAR Ya lo veo.

FEL. ¿Qué es eso de poner en claro ni en oscuro? (Amenazador.) ¡Chico, chico, César!...

CÉSAR (Resueltamente, cogiéndole por una manga.) No me importunes, Feliciano.

FEL. ¡Ah! ¿De matón?

CÉSAR De lo que haga falta... fuera de aquí.

BART. El señor don César está muy impresionado.

CÉSAR Muy impresionado, señor don Bartolomé. Y muy asombrado, señor don Bartolomé. Porque yo, señor don Bartolomé, no podía figurarme que vuecencia se atreviese á intentar ciertas travesurillas...

BART. (Burlón.) ¡Hola!

CÉSAR Y apelando á recursos de tan escasa probidad.

BART. (Alterado.) ¡Olvida usted que está en su casa y voy á olvidarlo yo también!

CÉSAR No, ilustre señor don Bartolo. No lo olvide. Se lo aconsejo.

BART. (Avanzando airado.) ¡Consejos, á quien los pida, y amenazas á quien las tolere!

CÉSAR (Muy tranquilo.) ¡Cuidado! Y fíjese en mi cara. No soy negro. De modo que el clisé de la valentía aquí es inútil. (A Feliciano, que ha cogido una silla.) Y tú, deja los muebles. No vayas á lastimarte sin querer.

FEL. Pero, ¿qué va á ser esto? ¿Vas á presumir de guapo?

CÉSAR (Desdeñoso.) ¿Contigo? ¿Con un saqueador de mujeres más flojo que un vendo? (Riéndose.)

¡Tontaina! (A don Bartolomé y á don Roberto.) Conque ya saben. Si le ha ocurrido á Gloria lo más insignificante, diré á todo el mundo, que la robaban ustedes, que la injuriaban, que la martirizaban, y que, por último, anoche la quisieron ultrajar.

ROB. ¡César!

BART. (Llevándose la diestra á la cintura.) ¡Canalla! (Don Roberto forcejea abrazado á él para impedir que se lance sobre César.)

FEL (Cogiendo una silla.) ¡Vas á tragarte!...

CÉSAR (Con serenidad.) ¿Qué?... ¿Qué hay, valientes?

BART. (A su hermano.) ¡Suelta!

ROB. ¿Vas á perderte?

CÉSAR (Con desprecio.) ¡Quiá, hombre, quiá!

BART. (Llevándose las manos á la frente.) ¡Pasa, pasa, tentación!... No he oído, no me han insultado... (Corriendo hacia la puerta.) Ese hombre está borracho ó loco.

FEL. ¡Maldita sea!.. Si no me pagaras esta, me cortaba yo el cuello. (Sigue á don Bartolomé, que ya ha salido de la casa.)

ROB. (Al salir, mirando á César por la ventana.) Una y no más, señor mío. En nombre de mi hija...

CÉSAR Dele usted recuerdos á esa monada.

ROB. ¡Granuja! (Sale dando un portazo.)

(DOÑA BALDOMERA entra asombrada.)

BAL. ¿Es su novia, don César? (Con timidez.) ¿Hablaban de su novia? (César, sin contestar, se tiende en la cama. Momentos de silencio.)

CÉSAR De mi novia, doña Baldomera. Sí. Y déjeme usted en paz. Márchese usted. ¿Hablo en griego? (Suena la campanilla.)

BAL. ¿Otra vez? (Sale y abre.)

GLORIA (Desde la puerta.) ¿Don César Galán?

CÉSAR (Que se tira de la cama y llega en dos saltos al pasillo.) ¡Gloria!... ¡Gloria, chiquilla!... (A Finito, abrazándole.) ¡Eh, grande hombre!... Pasad... Por aquí. (Entran en la habitación.) Una butaca, mona. Y la otra para usted.

FIN. «Trrré bian». (Se sienta Gloria.)

CÉSAR Y decidme, decidme... (A la patrona, con el índice extendido hacia la puerta.) Doña Baldomera, por allí se va al pasillo, y por el pasillo á su habitación.

BAL. (*Agria.*) Ya lo sé. No necesitaba «indireztas». (*Sale con imponente dignidad.*)

CÉSAR (*A Gloria.*) Vamos, cuéntame...

GLORIA (*Llorando convulsivamente.*) ¡Pues que no podía más, que no podía más, que se me acabó la paciencia!

CÉSAR (*Algo nervioso.*) Calma, calma... No hay que apurarse. (*Llevándole una copa de agua.*) Bebe un poco.

GLORIA (*Después de mojarse los labios.*) No.

CÉSAR Más.

GLORIA No, no; me repugna.

FIN. (*Con volubilidad sospechosa.*) Al fin, femenil. Nos largamos. ¡«O rebuar» ¡Ni volver la cara. Tan contenta, tan satisfecha. El pájaro que va y dice: ¡Adiós, encierro! Y después, en seguro ya, lagrimitas. ¡Al fin, femenil! (*Muy agitado.*) Créeme, César: todo eso de ser de este modo y del otro, «vanitas vanitates» y «pulvis eres», como dicen los curas. ¡Muy señores míos! Yo no les quiero faltar.

CÉSAR (*Dándole golpecitos cariñosos.*) Bravo, don Serafín.

FIN. Llega un momento en que viene la rebelión. Y entonces... Yo soy una hormiga, pero no me pise usted, porque, ¡jaum! Que insulten delante de Serafín García á una dama, y Serafín García ya no es el hombre: es la fiera.

CÉSAR (*A Gloria.*) De modo que te ofendieron.

FIN. Figúrese. Colarse de rondón en su alcoba.. La alcoba, el santuario... ¡Y ese bribón!... (*Amenazante, con los ojos perdidos en el espacio.*) ¡Voluptuoso! ¡Granuja!... ¿Es que se roba el cariño, Lucifer?

CÉSAR Orden, orden. Sé, por ellos mismos...

FIN. (*Riéndose.*) Que acaban de salir... ¿Eh, Gloria? El ratón y el gato, bonito juguete. El gato busca que te busca, y los dos ratones metiditos en la churrería, ahí, en sus narices.

CÉSAR Orden. Sé, por ellos, que don Bartolomé entró en la habitación. Pero, ¿cómo? ¿Qué dijo? ¿Qué hizo? ¿Qué ocurrió luego? ¡Habla, Gloria!

GLORIA Pues hacer... no hizo nada. Entró. ¿Te parece poco?

CÉSAR (A Gloria.) ¿Qué más?

GLORIA Nada más. Pero ya era muy gordo el atropello y me sublevó. Aguardé con Finito una hora, para que se durmiesen; bajamos á escape, nos pusimos de un vuelo en Atocha y aquí estamos.

CÉSAR Y hasta ahora, ¿qué han hecho ustedes?

GLORIA Andar. Como sabíamos que te recoges tarde...

CÉSAR (Después de una pausa.) Y... ¿qué has decidido?

GLORIA ¿Decidir?

CÉSAR Chica, tú, al fugarte, habrás pensado...

GLORIA Nada.

CÉSAR Tendrás algún proyecto...

GLORIA Ninguno.

CÉSAR Entonces...

GLORIA (Sombriamente.) Yo sólo pensé en huir. No tengo proyectos, no tengo ideas... No sé por dónde tirarme.

FIN. No te preocupes. Aquí está César, y aquí estoy yo, y aquí estamos todos. Conque lo que á ti te falte... (Viendo el cognac en la cómoda.) ¡Canastos! (Saludando á la botella.) Supongo que me permitirás decirle á aquella dama una palabrita. (Coge la botella, se sirve una copa y se la bebe.) Martell... ¡«Trrré bian»!

GLORIA Don Serafín, que ha bebido usted mucho.

FIN. ¿Mucho, tres tristres... tristes copas en la churrería? (Con una hilaridad que revela su situación.) Tú no sabes lo que yo resisto. Yo me voy á la casa de fieras y desafío al elefante —anda á tomar unas tintas—y si el infeliz se cuela y nos enredamos, cataplún el elefante. (Sigue riendo.)

CÉSAR Otra, don Serafín; que ese es bueno y no hace daño. (Le sirve otra copa.)

FIN. «San compliman». (La bebe y suelta la carcajada.) Me río de... ji, ji, ji... de que me figuro la cara del tuerto. ¡Que enamore á doña Ursula! Y mire usted, César, que también lo del gato... ji, ji, ji... Voy á tomar la espuela.

GLORIA ¡Finito, por nuestro Señor!

CÉSAR Déjalo. Dormirá un rato. (Don Serafín trasiega valerosamente. Esta vez el alcohol despierta en su alma el sentimiento de lo trágico y un soplo de ferocidad desfigura sus facciones.)

FIN. (Amenazando á un fantasma.) ¡Voluptuoso!... ¡Impúdico!... ¡Sal de ese santuario! Mía es esa mujer. Y dice: «¡Voy á romperte la crisma!» Y digo: «¡Pero no me quitarás la razón!» Así le contestó el cobarde. ¡Como un chacal! (Sacando un puñado de calderilla.) ¿Veis su dinero? Pues para esto me sirve. (Lo tira.)

GLORIA (Atribulada.) ¡Finito, don Serafín!...

FIN. No lo recojo. Son inútiles las súplicas. Me da lástima, pero no lo recojo. ¡Mancha! (Se bebe otra copa y se abraza á César hecho unas mieles.) César, á usted se puede confiar el emperador de la China. Usted es de los míos: de los que tienen aquí y aquí... (Tocándole en el pecho y en la frente.) La misma edad, ó casi la misma, tengo que Bartolomé: mis dos ojos, cultura, educación, simpatías... Pues que me acuse Gloria si le he hablado alguna vez de cariño. ¡Que me acuse! (Exaltándose.) ¡Jamás, jamás y jamás! Respeto á las damas, respeto á la virtud, respeto á la pureza... Y sin embargo, yo, que soy un «orótico», porque siempre me ha traído de cabeza el «orotismo»... yo... ¡la quiero!

GLORIA (Abrazándole.) ¡Don Serafín!

FIN. ¡Aparta! (A César.) Pero ¿cómo la quiero? ¡Con pureza! ¡Ahí la caballerosidad!

CÉSAR Bien por Finito.

FIN. (Gimoteando.) Y he soñado con ella, y he llorado por ella...

CÉSAR ¡Valor, don Serafín!

FIN. Y nunca, ¡nunca! la sorprendí en el santuario. Porque yo no soy un voluptuoso, porque yo sé respetar el «arminio»... ¡Que me apadrinen! ¿Tú me apadrinas, César? ¡Soy capaz! Un sable, una espada, en guardia, adelante... «¡Tuché!» «¡Tuché!» «¡Tuché!» (Salta como si combatiera sañudamente, tropieza con la cama, que es baja, y cae como un sapo.) ¡Muerto eres!.. ¡Atrás!...

**CÉSAR** (Sujetando á Fiuito, que hace esfuerzos titánicos por levantarse.) No, don Serafín; no se mueva usted.

**FIN.** De ninguna... manera... Yooo... soy «opto»...

**CÉSAR** (Acomodándole bien.) Duerma un ratillo.

**FIN.** ¡Yo! ¡Delante de... una... dama!... «¡Yamé de la ví!»

**CÉSAR** Gloria se va á su cuarto.

**FIN.** Le... pondré... el biombo... ¡Pilar!... (Pretende incorporarse y cae con pesadez.) ¡Yamé... de la ví!

**CÉSAR** Duerma, duerma. (Hay un corto silencio. Finito pronuncia algunas palabras confusamente y húndese en el limbo.)

**GLORIA** (Asombrada.) ¡Se ha dormido!

**CÉSAR** Naturalmente. Y ahora... verás. (Saca del armario servilletas, fiambres y pasteles y lo coloca todo, con el panecillo y una botella de Jerez, en el velador, Antes lo aproxima á la mesa, donde pone los candelabros con las bujías encendidas.) A comer. La señora está servida.

**GLORIA** ¿Comer?

**CÉSAR** Comer, señorita, comer. Con los dientecitos. Son las cuatro Ha cenado usted á las nueve unas cuantas asquerosidades. Tendrá usted las tripitas como cañones de órgano. Ea, ánimo. Jamón del pueblo; pollo, del pueblo también, y dorado por mi respetable mamá; ternera, pasteles, vino... (Gloria empieza á comer con voracidad, y él la imita.)

**GLORIA** Agua ¿me das?

**CÉSAR** Vino. El agua luego. Este Jerez es regularcillo.

**GLORIA** Una gotita.

**CÉSAR** Y ternera. Anda. La traje al obscurecer. Es riquísima. Caray, ¿sabes que en tu compañía se abre el apetito de un modo fenomenal?

**GLORIA** (Con la boca llena.) Jé.

**CÉSAR** Había tomado chocolate, y sin embargo...

**GLORIA** ¡Junh!...

**CÉSAR** (Riendo.) Chiquita, no te descuidas.

**GLORIA** (Tragando apresuradamente para replicarle.) ¿Te disgusta que coma?

**CÉSAR** Me alegra. No seas cursi. Más pollo.

GLORIA No.
CÉSAR Pues más ternera.
GLORIA No. Alimentarse, desde luego; pero abusar... Yo nunca he abusado de nada, César. Te lo aseguro. Y entre mis defectos no apuntes el de la gula, que es además un pecado mortal.
CÉSAR ¡Caráfilis! Pues yo caigo en ese pecaducho, como en casi todos los otros. Menos avaricia y envidia, todito cabe en mi corazón.
GLORIA ¡Vete, vete, diablo! ¿No te horrorizas?... Pero no te creo. Tú te «calunias» por hacer gracia.
CÉSAR ¿Y un pastel? ¿Tampoco quieres?
GLORIA Eso sí. Me gustan... ¡Ay, cómo me gustan, Señor! Que se me van los ojos, que se me hace la boca agua. Y allí... Mira que siete meses sin catarlos...
CÉSAR No los querías...
GLORIA ¡Cómo no los iba á querer!... Alampando siempre. Sino que por vergüenza y cortedad, por no serles gravosa... Eso de ir allá recogida, aunque lo pidiese mi padre y lo hicieran por él, sin abrir yo mi boca, me punzaba aquí adentro... Y, conociéndoles, yo me decía: «Cuidado, cuidado, Gloria; cuidado, que si engruesas una libra te lo van á conocer, y apuntarán los panecillos y contarán los garbanzos que te comas; cuidado, hija de mi corazón, que los mimos se fueron.» Y me decidí á comer lo preciso, escogiendo lo peor, lo que no les gustase, y fuí una especie de gata de la casa. Y así ¿había una fruta podrida? La tomaba yo, haciendo mohines de gusto. ¡Ah, que buena fruta podrida! ¿Ponían besugo? Para Gloria la cabeza. ¿Encargaba cada cual su almuerzo? Gloria, patatas fritas. Su chifladura. ¡Qué gusto no alimentarse más que con patatas fritas!
CÉSAR (Maravillado y aterrado.) ¡Pobre muchacha!
GLORIA Y desde el primer día para mí estuvo de más todo lo bueno. ¿Que una visita obsequiaba y me ofrecía?... La Genoveva: «No, no es aficionada á los pasteles.» Y el tío:

«¿Por qué la hemos de violentar?» Y yo me sonreía con la sonrisa del ratón y luego me comía las chispitas que dejaban. ¡Porque soy más golosa!...

CÉSAR ¡Inquisidores, burros!... ¿Quieres que vaya por más dulces?... Echo abajo la puerta de una confitería, y te hartas.

GLORIA (Riéndose.) No. Si no como ni esos. En primer lugar, por ti, y en segundo porque no tengo más ganas.

CÉSAR Sí tienes más ganas. Atrévete.

GLORIA No, no. Te repito que no abuso. Mi naturaleza es así Y «máxime más...»

CÉSAR ¡Por las once mil vírgenes, no!... No digas «máxime más».

GLORIA ¡Ay, pues si yo creí que eso era fino! Se lo he pescado á Bartolomé.

CÉSAR Maldito sea.

GLORIA Maldito. (Hay unos momentos de silencio. Gloria hace un mohín de cansancio y suspira.)

CÉSAR ¿Qué pasa?

GLORIA ¡Pchs! Cansadilla estoy.

CÉSAR Pero ¿tienes la cabeza firme?

GLORIA Sí; me siento bien.

CÉSAR ¿Del todo? ¿Tranquila de cuerpo y de espíritu? ¿Despejada?

GLORIA ¿Voy á hacer testamento?

CÉSAR Has acertado con la broma. Testamento. Tu caudal es la vida y vas á disponer de tu caudal.

GLORIA (Con inquietud.) César...

CÉSAR Medita antes de responder; pesa tus resoluciones...

GLORIA ¡Mis resoluciones!... Si no resuelvo nada, si no sirvo para resolver... ¡Lo que tú dispongas!

CÉSAR ¿Yo?... ¿Y con qué autoridad? ¿Con qué derecho?

GLORIA (Rebelde.) Derecho, derecho... ¡Qué tonterías, Señor!

CÉSAR ¿Con qué derecho? ¿Soy tu padre, tu hermano, tu novio?

GLORIA (Con la voz apagada.) No eres mi novio, no.

CÉSAR Luego tú has de resolver. ¡Tú solita! Es in-

dudable que no has huído de tu casa como una loca.

GLORIA (Con amargura.) ¡Mi casa!

CÉSAR ¡Tu casa! No contabas con otra. Siempre valía más que la calle, donde no hay ni siquiera frutas podridas. Tú tienes, por tanto, un plan. ¡Insisto! ¿Cuál es? ¿Quieres que te ayude?

GLORIA (Después de una pausa. Contrariada como una chiquilla.) ¡No tengo plan, Dios mío! ¿Por qué lo he de tener?

CÉSAR No es posible.

GLORIA Sí es posible, sí es posible. ¿Por qué ha de fraguar planes una infeliz como yo?

CÉSAR No seas testaruda.

GLORIA ¡No soy testaruda! (Gimoteando.) ¿Tiene plan el que se ahorca? ¿Y el que se tira un tiro?

CÉSAR ¡Claro! Deciden matarse.

GLORIA Pues yo he decidido escaparme. Como si hubiera decidido morir. ¿Hice mal? Me coges por un brazo y me llevas ahora mismo con la familia. Y otra vez, en lugar de escaparme...

CÉSAR No, no; no es eso. No seas niña.

GLORIA (Atribulada.) Pues, ¿qué he de contestar? Si no he proyectado lo más mínimo... Yo quería ser dichosa. Eso es todo. Allí no era dichosa y pensé: «Pues me voy». Y «san seacabó».

CÉSAR ¡Ser dichosa! (Con asombro ironico.) Y ¿sólo aspirabas á conseguir esa insignificancia?

GLORIA (Que no ve la ironía.) Nada más. Y para mí no es poco.

CÉSAR ¡Pobre!... Y dime: ¿cómo esperabas llegar á la dicha, á eso que se llama dicha? Contesta.

GLORIA (Perpleja.) No puedo contestar.

CÉSAR ¿Por qué?

GLORIA Porque hay ciertas cosas... No te canses, que no contesto.

CÉSAR Bravo. Me gusta. ¿Ves cómo escondes un secretillo?

GLORIA No lo veo.

CÉSAR (Después de una pausa.) Si tú me prometieras no irritarte...

GLORIA Lo prometo. Contigo, por nada.

CÉSAR — Estamos solos. Lo que digas no ha de saberlo más que Dios. No intento ofenderte, ni censurarte, ni mortificarte... Una hermana no me inspiraría más nobles pensamientos que tú. Pues bien; ¿me permites formular una pregunta... escabrosa, y me prometes contestarme con lealtad?

GLORIA — (Temblando.) Pregunta.

CÉSAR — (Lentamente.) ¿Por qué camino te vas á dirigir hacia la dicha? ¿Por el bueno... ó por el otro?

GLORIA — (Reconviniéndole.) ¡César!

CÉSAR — ¡Lealtad! (Gloria vacila.) Lo has prometido. Lealtad. No te escapas del compromiso. ¿Qué camino escoges?

GLORIA — Ninguno... ó el que tú quieras.

CÉSAR — (Impaciente.) ¡Y dale! ¡Si yo no he de escoger! Yo no existo; yo soy un soplo de viento...

GLORIA — (Con la rabia de una tórtola.) ¡No sé más si no que no me caso por dinero! ¡No! Quiero ser dichosa; y mi camino es el que me haga ser dichosa.

CÉSAR — Y para tí, ¿en qué consiste la dicha?

GLORIA — Yo... soy una mujer...

CÉSAR — Sí; un obispo no eres.

GLORIA — Y una mujer... ¡No, tampoco sigo!

CÉSAR — (Resignado.) Hablaré yo. ¿Consiste en ser doncella en una buena casa? (A todas las preguntas va contestando Gloria con movimientos negativos.) ¿Consiste en regir... por ejemplo... una pastelería?... ¿En ingresar en un taller de lujo?... ¿En ser institutriz ó señorita de compañía?... ¿Teléfonos quizás?

GLORIA — ¡Vamos, hombre!

CÉSAR — Adelante. Caminos buenos no se me ocurren más. A ver por la otra acera. ¿Consiste en que un caballero sin calva y con sus dos ojos te ofrezca?...

GLORIA — Eso, ¿es malo?

CÉSAR — Según lo que te ofrezca. No me has dejado terminar... Si te ofreciera su protección, nada más que su protección, cosa muy corriente...

GLORIA — Es poco. A una mujer honrada...

CÉSAR — Para las mujeres honradas, precisamente,

son esos regalos. (Pausa.) Es poco, sí; pero... figúrate—esto no es más que una figuración—figúrate que se llamase el caballero César Galán.

GLORIA (Roja como la grana.) Tú...

CÉSAR César Galán, que es un bárbaro egoísta; que no se casa para no sacrificarse por una mujer y para no preocuparse por unos chicos... Bueno; pues si ese bárbaro individuo fuese tan vil que te ofreciera su protección, ¿seguirías pensando que entre un mal casorio y un buen disparate, es preferible el disparate?

GLORIA (Después de un segundo de vacilación. Con energía.) ¡Sí!

CÉSAR ¡Ah! (Quedan en silencic. César emocionado y Gloria avergonzada.)

GLORIA Sí; lo pensaría.

CÉSAR (Dominando su emoción. Con frialdad.) Pues pensarías una terrible atrocidad. Y como ese señor, que es un bárbaro, no es un canalla, te jura que la dicha está seguramente en la resignación, en el decoro de la existencia, en el sacrificio tal vez.

GLORIA Para los santos, sí; para nosotros... No lo creo. Tú hablas como si predicaras. Y no es así, no.

CÉSAR Sí, es así. Hace falta una garantía, un lazo que no se rompa...

GLORIA Todos se rompen.

CÉSAR ¿Quién asegura la constancia? Unos meses, unos años, se cansa el protector, se va...

GLORIA Pero esos años... Una dice: «Señor, he sido feliz tanto tiempo.» Y si una se muere antes... á ver, dime cómo la van á dejar.

CÉSAR Es sacrificarlo todo. Dignidad, respetos del mundo, porvenir...

GLORIA Será verdad... Mira, yo no tengo talento. Y además, soy mala; indudablemente, soy mala... Una borriquita mala.

CÉSAR (Ásperamente.) ¡Cállate!

GLORIA Sí, mala.

CÉSAR ¡Cállate! (Se vuelve de espaldas, fingiendo arreglar los libros de la cómoda.)

GLORIA Quiero pregonar mis defectos.

CÉSAR (Luchando para que la emoción no le moje la voz.) ¡Luego, mujer! Cállate ahora.

GLORIA (Notando algo raro en su tono.) ¿Qué tienes? (Siguiéndole hasta la cómoda, junto á la cual empina César la botella.) ¿Qué tienes?

CÉSAR (Tranquilo.) ¿Qué he de tener?

GLORIA ¿Estás enfermo?

CÉSAR Lo estaba. Hace un minuto comencé á curarme. Por eso te pedí que no siguieras charlando. (Burlón.) Porque me hubieras visto llorar. Otra palabrita y lloro como un estúpido. En ciertas ocasiones, dicho sea en honor de la humanidad, todos somos unos estúpidos. La «diñamos», como diría tu primo.

GLORIA (Con tristeza.) ¿Te burlas?

CÉSAR (Gravemente.) No.

GLORIA ¿Y has empezado á curarte por mí?

CÉSAR (Imitándola.) Esa es mucha pregunta. No puedo contestar.

GLORIA Otra. Eso de que te cures, ¿es bueno para mí?

CÉSAR (Trazando una cruz en el aire.) Si es bueno que nos haga así el párroco de mi pueblo..

GLORIA ¡César! (Rompiendo á llorar.) ¡César!...

CÉSAR Yo no sacrifico á pedazos el egoísmo: todo, ó nada. Y como no he de consentir, queriéndote, que te humillen, que puedan avergonzarte...

GLORIA (Llorando.) César... yo no lo merezco, yo no lo merezco.

CÉSAR (Besándole una mano.) Chiquilla, chiquilla de mi corazón...

GLORIA No lo merezco. ¡Qué alhaja te vas á llevar!...

CÉSAR Pero no llores, encanto mío, vida de mi vida.

GLORIA ¡Pobrecita de mí! ¿Quién iba á decirme?.... Aguantar y aguantar, y sufra usté y rabie usté... Y ahora... ¿No me engañas?

CÉSAR Mírame. Límpiate esas lagrimillas y mírame. ¿Te engaño?

GLORIA ¡Tonto!

CÉSAR ¡Si me muero por ti! ¡Dí que me quieres!

GLORIA ¿Eso también? Lo sabes. ¡Lo que tú no sepas!...

CÉSAR ¡Dímelo, mujer! Siquiera porque el disparate lo hago yo.

GLORIA (Bajando los ojos.) ¡Te quiero!

CÉSAR Adiós vida de estudiante, libertad de Madrid; adiós...

GLORIA (Interrumpiéndole.) Americanas con manchas, camisas rotas...

CÉSAR ¿Esas tenemos? ¿Ya empiezas á imponerte?

GLORIA El arbolito, desde chiquito.

CÉSAR Pues todavía es pronto. Aun mando yo, y lo primero que mando es que respetes mi elegancia. Y mando más: que hasta pasado mañana estés aquí con tu ángel. Hoy le escribo á cierta señora, que no va á caber en el pellejo de alegría, y pasado mañana á Aljorín.

GLORIA Le escribes á tu madre. Sí, escríbele. ¡Dios mío, lo que es una madre!... Con mucha consideración, humilde, pidiéndole el consentimiento... Porque yo, sin su consentimiento, mejor enterrada. Y oye, ¿lo dará?

CÉSAR ¿No ha de darlo, siendo como eres?

GLORIA Pues, mira, no soy precisamente la reina Salomón. (Ríen ambos.)

CÉSAR ¡Animal!

GLORIA Todavía no se habrán acostado. Que se fastidien. ¡Pillos, pillos, pillos!... Y ya va á amanecer. (Abre el balcón y entra el rubio sol de Julio.) ¡Es de día!

CÉSAR Como que van á dar las cinco.

GLORIA Ahora, la Sebastiana, la portera, estará limpiando el patio. Siempre me saludaba. «Felices, señorita Gloria». «Felices». Ella en lo hondo y yo en el cielo. «Es muy temprano». Sí que era muy temprano. ¡Un silencio!...

CÉSAR (Que la escucha embelesado.) Y ¿aun piensas en la casa?

GLORIA ¿Que si pienso? ¡Claro! Y con gusto. Y muy requetesatisfecha. ¡No la veré más!...

CÉSAR No hablemos más de esa gentualla.

GLORIA Pues háblame de tu... de nuestra madre.

CÉSAR Gloria, eso merece. Repítelo y te pago con un...

GLORIA (Amenazándole con el índice.) ¡A ver si la llamo suegra!... Dime: tu madre, ¿me querrá?

CÉSAR En cuanto te vea, se vuelve loca. Serás la tirana de la casa.

GLORIA (Después de una pausa.) Yo le echaré el trigo á las gallinas. (Gravemente.) Esa es una de mis ilusiones.

CÉSAR ¡Ah, qué pobrecita ilusión!

GLORIA Y regaré el jardín. (Conmovida.) Y si la madre me deja...

CÉSAR Veamos.

GLORIA Si no se enfada, cogeré flores.

CÉSAR ¿Enfadarse?

GLORIA Y nunca me levantaré á las cinco para trabajar. Es otra ilusión.

CÉSAR ¿Trabajar tú, reina mía? Pero, ¿qué dices?

GLORIA (Rompiendo á llorar de súbito.) Déjame llorar... No te irrites conmigo... ¡Déjame llorar!

CÉSAR (Alarmado) ¿Llorar? (Besándole las manos.) ¡Gloria, mi alma!... ¿Qué tienes?

GLORIA Nada... Alegría. Yo soy así. Recuerdo lo que me han hecho y me da mucha pena, no sé por qué... y como estoy tan alegre... pues se me salen las lágrimas.

CÉSAR ¡Pobre, pobrecito corazón!...

GLORIA (Con una sonrisa que ilumina sus lágrimas.) Pregúntame ahora que por dónde se va hacia la dicha... ¡Tonto!...

FIN DE LA COMEDIA

# OBRAS DEL AUTOR

---

**El vencedor de sí mismo.** (Drama.)

**La sangre de Cristo.** (Novela.)

**Frente al mar.** (Novela.)

**Los enemigos.** (Novela.)

## EN PRENSA

**Doña Mesalina.** (Novela.)

Precio: DOS pesetas